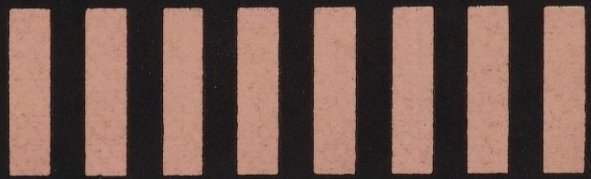
FE

DOCTRINA NACIONALSINDICALISTA



5

MAYO

1937

FE

DOCTRINA NACIONALSINDICALISTA

EDITADA POR LA
DELEGACIÓN NACIONAL DE
PRENSA Y PROPAGANDA
DE F. E. T. DE LAS J. O. N. S.

FDF 1338

Esta Revista ha sido impresa
en Zaragoza, Talleres Tipo-
gráficos de E. Berdejo
Casañal, académico
correspondiente de
la de Nobles y
Bellas Artes
de San
Luis

SUMARIO

MAR

¡Acorazados! ¡Acorazados!
por Ricardo Giménez

EDUCACIÓN

Maestros de España
por Rafael Navarro Díaz

Dos libros y dos generaciones
por Martín Almagro

MUNDO

Inversión y conversión de André Gide
por Joaquín Rodríguez de Gortázar

IMPERIO

El Imperio de España
por A. Tovar

P R E C I O :

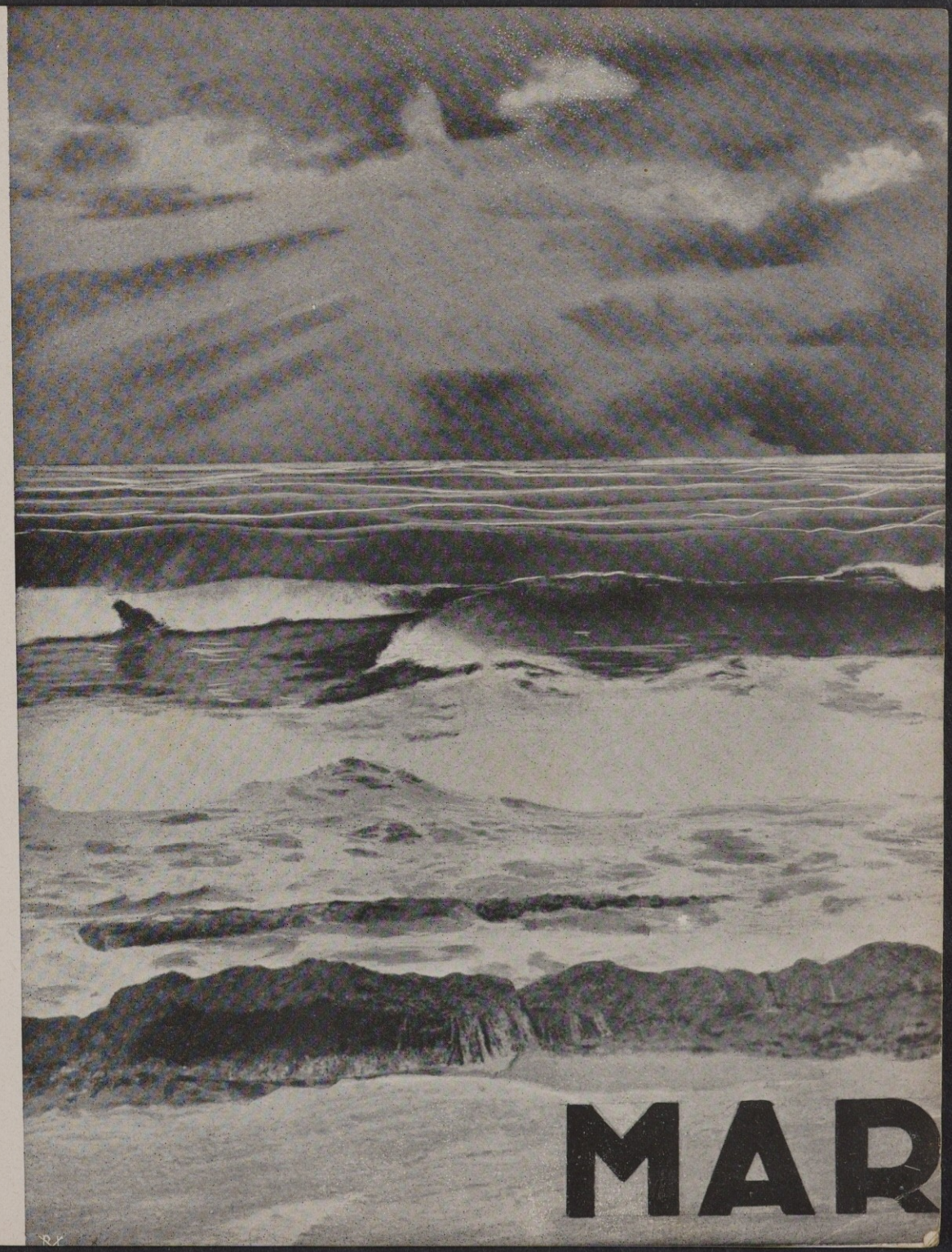
UNA PESETA

FE

DOCTRINA
NACIONALSINDICALISTA

DELEGACIÓN NACIONAL DE PRENSA Y PROPAGANDA
DE F. E. T. DE LAS J. O. N. S.
S A L A M A N C A

Dirigir provisionalmente toda la correspondencia a la
ADMINISTRACIÓN
Alfonso I, 27 — ZARAGOZA


MAR

¡ACORAZADOS! ¡ACORAZADOS!

II

QUE A QUIEN HA DADO CHRISTO SU ESTANDARTE
DARÁ EL SEGUNDO, MAS DICHOSO DÍA
EN QUE VENCIDO EL MAR, VENZA LA TIERRA.

(Hernando de Acuña, "Soneto Imperial").

La Sociedad de las Naciones agoniza con la misma dulzura que un final de novela de Lamartine. Yo me imagino ese edificio grande, tosco y sin gracia ya en ruinas. Lo veo medio derruído y oigo cómo las golondrinas pían en los nidos que han fabricado entre las vigas de su techo, mientras la Sociedad, con la mano apoyada en la mejilla, piensa que no llegará al Otoño. Exactamente lo mismo que la muerte de Rafael. Lo triste de todo esto es, que la muerte de Rafael no interesó nunca más que a cuatro solteronas y otros tantos mequetrefes histéricos, y la muerte de la Sociedad de las Naciones preocupa hoy hondamente a los países que conservan aún en el fondo de su pecho el sagrado fuego de la democracia.

Yo ruego a mis lectores, si tienen cinco minutos que perder, que me los brinden y lean hoy, mayo de 1937, el Pacto de la Sociedad de las Naciones, porque les aseguro que van a pasar un buen rato. No quiero hacer sobre él el más ligero comentario; su sola lectura es el más elocuente de todos los que nadie pudiera hacer.

Hoy, el Profesor Wilson, lleno de escándalo, sentado inocentemente en una nubecilla rosada del Limbo, habrá cesado de cantar a la Paz Universal y habrá arrojado lleno de ira el arpa de catorce cuerdas con que se acompañaba al contemplar cómo exactamente igual que en la pre-guerra mundial, todas las naciones se han lanzado a la carrera de armamentos; y pienso yo: cuando nuestra guerra termine, ¿qué va a hacer España? Yo lo sé, porque el águila bicéfala ha agarrado el

yugo y las flechas con tal decisión y tal coraje, que no habrá quien pueda hacérselas soltar.

Hoy, por motivos bien tristes, se han fijado en España los ojos de todo el mundo y hoy, por primera vez en muchos siglos, hemos podido contemplar nuestro corazón por la brecha de dolor y de angustia que nos ha abierto la guerra civil. Hemos visto que nuestro corazón es inmenso y ahora, con todo el orgullo de nuestras actuales imperfecciones, podemos decir imitando a los ingleses: "Soy español y estoy orgulloso de ello".

Ahora han podido darse cuenta todas las naciones de Europa de que el Gran Capitán no ha muerto, de que los Tercios de Flandes no podrían mejorar nuestro Tercio de ahora y de que aun comprendemos cómo Felipe IV podía decir: "Id y tomad Breda".

¡Qué alegría si no nos sangrara la herida! ¡Qué dolor si no nos alegrara el orgullo!

Falange ha hecho la guerra con el más profundo sentido de humanidad que se ha hecho guerra alguna en el mundo. No hay nadie que sienta más amor hacia los que combatimos que nosotros mismos; y por eso nuestro dolor es doble, nosotros llevamos el suyo y el nuestro, porque sabemos que la gente que hoy nos dispara, que hoy nos mata, levantará mañana el brazo con la mano abierta hacia el cielo, y su ¡Arriba España! será tan entusiasta como el nuestro y mucho más, que el de muchos que hoy dicen que están a nuestro lado.

Ganaremos la guerra. La única incógnita es su duración, que Dios quiera pueda ser despejada pronto. Pero después, como yo oí a no sé quién, hay que ganar la Paz. Entonces, pueden seguirse dos políticas. Hacia Madrid, política de quietismo, de abandono, o hacia la costa, política de horizontes. Es entonces cuando se decidirá el porvenir de España. Si miramos hacia Madrid llegaremos quizás a tener una magnífica banda de Alabarderos. Si miramos hacia la mar, entonces "Tu regere Imperio Fluctus Hispane memento". Ya hemos visto en esta guerra nuestras cualidades imperiales y os aseguro que en las carabelas de Colón, en la "Victoria" de Elcano, con nuestros conquistadores, no iba gente de más temple que los que defendieron el Alcázar de Toledo, Oviedo y el Cuartel de Simancas. Yo me imagino una escuadra de acorazados navegando en línea de fila con la bandera de

España izada en el pico y siento cómo el Romancero del Cid me canta en la sangre y se me clavan en el pecho las flechas del Imperio. Hay mucha gente que no cree aún en nuestro Imperio. Y no cree en él, porque la palabra Imperio es una palabra distante y hay que embarcarse para que se haga perceptible y se pueda creer en ella. ¿Sabéis por qué se dice hoy "*England rules the waves*", Inglaterra gobierna el mar? Porque en el siglo XVI se cantaba "*O Great Eliza, o world famous crewi — Who shall I blest more your queen or you?*". Porque los ingleses sentían la mar y gritaban *¡westward ho!* y sus canciones eran marineras, llevaban regusto salino y estrofas épicas de Imperio.

Hace unos días decía yo desde aquí, que si Inglaterra no se hubiera mirado en el mar, no se hubiera producido ese teatro inglés de finales del XVI y principios del XVII. Hoy lo mantengo, porque el arte es el pulso del Estado y el Estado es un sér vivo y cuanto más intensamente vive tanto más enérgico es su pulso. Por eso, en la España agonizante de esta última época no se puede hablar de un solo artista y por eso todos hemos saludado gozosos estos preludios del arte Nacional Sindicalista como Anunciación del arco iris que significa la consolidación de nuestro Estado Imperial.

Por eso, nuestros acorazados traerán a remolque a los poetas, que no cantarán con quejido melancólico de fandanguillo triste de final de juerga. Serán canciones guerreras, improvisadas desde la roda de nuestros barcos, que llevarán toda la grandeza de un horizonte marinero, balcón del mundo.

El mar está en el camino de todas las naciones. Cuando ganemos los caminos, el mundo será nuestro. ¡Ay, Napoleón Bonaparte! ¡Si pudiera cruzarse el canal de la Mancha como el puente de Arcola, el primero al frente de la caballería! Pero sobre el canal de la Mancha no hay puentes, hay barcos solamente.

Dadnos barcos y otras vez se podrá decir ¡ancha es Castilla! Pero además de los barcos hace falta que todos los españoles sientan la necesidad de ellos. Porque si España llega a sentir esa necesidad, la satisfará a cualquier precio. Hasta ahora, eso era quizás la muestra más efectiva de nuestra triste situación. No había nadie, absolutamente nadie que tuviera de la Marina la idea más elemental. Hoy mismo preguntad a la gente no ya del interior, sino de pueblos de la

costa que no sean Departamentos cuántos barcos tenemos y qué características poseen. Preguntad a la gente culta y os encontraréis con la ignorancia más desoladora. En cambio cualquier obrero de la fábricas de tejidos de Manchester sabe cuántos cañones tiene el "Nelson". El obrero de Manchester sabe más de la Marina que nuestro español culto. Por eso Inglaterra es un Imperio y nosotros no somos nada en cuanto salimos de nuestras fronteras.

¿Ustedes los marinos sabrán todos nadar? Esta pregunta que hemos tenido que oir mil veces los que pisamos las cubiertas de los barcos de España es suma y compendio de esta estúpida ignorancia.

Para tener fe en España hay que tener fe en la mar, y el día que logremos esto galoparán nuestros caballos toda Europa, porque nuestros acorazados vigilarán los caminos que la rodean. Esto, que en España no lo ha visto casi nadie, ha sido visto por alguien desde fuera y por eso dura y continúa nuestra guerra. Se han dado cuenta otras naciones de la fuerza de nuestro espíritu, han visto nuestras posibilidades de Imperio, y de una manera criminal tratan de desangrarnos, sin darse cuenta de que de todo lo que se derrama es la sangre lo único que se recoge mejorado. Cuanto más tardío sea el triunfo, más durará en el mundo el ruido de nuestras espuelas.

¿Recordáis cómo tomamos hace unos meses San Marcial? ¡Qué miedo que un día todos reunidos, los que lo defendían y lo atacaban, pudieran asaltar así el Aubisque!

England rules the waves, por eso muchos piensan que Gibraltar está en el país de Gales.

Dadnos barcos, dadnos acorazados, y os pagaremos con un Imperio.

Ricardo Jiménez

En la mar, abril 1937. Año I.

EDUCACIÓN

Cuando vuelvan banderas victoriosas, cuando las flechas fernandinas engarcen en sus puntas las rosas de la paz y cedan las Armas a las Letras, sean nuestra primera empresa y nuestro fervor primero, desbrozar de maleza los manantiales de nuestro espíritu español interrumpidos en su curso. Volvamos alegremente a España, a lo nuestro, a lo íntimo, a lo español.

Y pues que el gran pecado del izquierdismo no fué otro que el snobismo, la negación sistemática de lo propio, el embadurnamiento con extranjeros afeites de la fisonomía nacional y el desarraigo de la tierra madre, sea nuestra gran consigna la del retorno a España.

Tal como somos, con nuestras virtudes y nuestros defectos, procurando sublimar aquéllas y amortiguar éstos... ¡Seamos!

* * *

Dejamos de ser así allá por el año de Gracia de 1812. Poco tiempo antes todavía afirmaba el pueblo de España con donaire desgarrado, su voluntad de ser. Corría el mes de mayo de 1808.

Aquel pirata pretoriano de los bordados barrocos y del sable corvo que se llamó Murat, pegaba en las esquinas de las madrileñas calles, el bando de proclamación de José I, hermano de su Emperador y señor. El pueblo de Madrid, que sangraba todavía por las terribles heridas del Príncipe Pío y sentía en su entraña el hervor de España,

apostillaba jacarandoso y bravío el bando de marras con el desgarro pícaro y español de un pasquín puesto debajo que rezaba así:

En la plaza hay un cartel
que nos dice en castellano
que José, rey italiano,
viene de España al dosel.
Al leer este cartel
dijo una maja a su majo:
Manolo, pon ahí debajo
que me j... en ese Rey,
porque aquí queremos uno
que sepa decir... ¡carajo!

Era el buen pueblo, nuestro buen pueblo de siempre que no se afrancesaba como lo hacían parte de los políticos y de los sedicentes intelectuales, era nuestro entrañable artesanado que disparaba la saeta de la musa popular contra el odiado extraño y cubría con hervor de guerrillas todo el ruedo de España; mientras más al Norte, se alborozaban requintos y guitarros en los parapetos zaragozanos que inmortalizaron Palafox y Calvo de Rozas, Agustina y San Genis, lanzando a los hocicos del mariscal Lannes la copla de la afirmación:

La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa...

No era sólo la Virgen del Pilar. Todo Aragón y toda España pugnaba y moría por no ser francesa. El pueblo entero se sacrificaba por lo suyo y se sentía gozosamente sublimado en los campanarios de sus iglesias y en las bardas corralizas aldeanas, en sus gremios patriotas y en los guerrilleros de crencha morena.

* * *

Pocos años después los sedicentes intelectuales y los politicastros, consumaban su primera gran traición al pueblo y al espíritu de España.

Eran los Toreno, enciclopedistas que no veían más allá de D'Alembert y de Condorcet, aristócratas con pujos y ribetes volterianos que salpicaban nuestra lengua con los primeros galicismos y volvían la

espalda al pasado de España, atentos solamente al rumor de París de Francia.

Los Argüelles, que tenían como el más alto galardón el conocimiento de la lengua inglesa y discreteaban confusamente sobre el mal conocido derecho constitucional británico en vez de remozar la doctrina y el uso que yacían olvidados en las Actas y Cuadernos de nuestras viejas Cortes.

Los curas afrancesados con aire de Abates convencionales, unos por jansenismo y otros por llevar a mal el rigor de la honesta sotana española, a quienes un nuevo orden de cosas podía traer costumbres más holgadas de las que el buen pueblo español toleraba a los Ministros del Altar.

Eran, por último, la turbamulta de los periodistas en agraz y de los ensayistas en embrión, a los que cuatro libros mal traducidos del francés, habían vuelto el seso.

Y mientras el verdadero pueblo luchaba a la desesperada para salvar las esencias de España, los legisladores de Cádiz, sin los arrestos de aquellos Procuradores de nuestras viejas Cortes que negaban subsidios al Emperador si ello era menester, confeccionaban — vuelta la espalda displicente a la realidad y al sentir de España — aquel engendro de Constitución hecho con recortes y refritos de Montesquieu y del Abate Sièyes, aquel gárrulo mamotreto afrancesado y pedante, engolado y sin raigambre que se llamó el Código Doceañista, pesada lápida sepulcral arrojada sobre el espíritu de España que no pudieron hacer trizas más tarde, ni el genio militar de Zumalacárregui ni el profundo saber español del malogrado Balmes; Código que desvía de su curso natural la lógica evolución de nuestra Patria y que abría la cruenta teoría de los pronunciamientos militares del pasado siglo, todo ello al socaire de las llamadas "Sociedades Patrióticas" y de los talleres del Gran Oriente que armaron en su defensa al héroe grotesco de las Cabezas de San Juan, al cuitado don Rafael del Riego, lego en todas las artes y desertor de todos los deberes, digno paladín de tan menguada causa.

* * *

El año doce comenzó en el rincón gaditano la gran negación de

España que venía fraguándose tímidamente en el regalismo jansenista de los Ministros de Carlos III, Aranda y Floridablanca. Las Cortes de Cádiz, fueron cultivo propicio para el llamado "espíritu del Siglo", en contraposición a la añeja y castiza tradición española. Hijo del París jacobino más allá de las fronteras de Francia, es el Cádiz constitucional, como el Madrid constituyente de 1931 es hijo trasnochado y tardío del Weimar socialista, de un Weimar socialista y blanducho en el que la serenidad clásica de Goethe, había sido espantada por la plebeyez sin grandeza de Espartaco y el hálito soberbio del Genio por el olor espeso de lo gregario.

La generación doceañista y sus sucesores, viven a expensas de Francia, devorando su detritus político y elevando a doctrinas dogmáticas las marrullerías de aquellos dos grandes pícaros que se llamaron Voltaire y Juan Jacobo, tipos ambos de una vileza moral químicamente pura, y al rango de dogmas políticos las especulaciones de Montesquieu y Diderot. Y hasta nuestro recio y sobrio Catolicismo se hace llorón y pietista a fuerza de abrevar en las lágrimas y aspavientos franceses del Vizconde de Chateaubriand. Víctor Cousin y Lamenais son el oráculo de nuestros pseudo-filósofos hasta que cambia la moda, no para volver a nuestra gran tradición de Melchor Cano o de Suárez, sino para nutrirse a partir de Sanz del Río y Salmerón con el deshecho del pensamiento alemán, con ese Krausismo abigarrado y turbio que jamás tomaron en serio en la gloriosa patria de Hegel y de Kant, pero que hizo furor aquí por escribirse con K.

Hasta en el arte, más tarde pagamos servil contribución al romanticismo "victorhuguesco" y a la influencia extranjera: Flaubert y Standhal se leen más aquí que en su propia patria y Verlain, Cocteau y Mallarmée son más familiares a nuestros cenáculos que Valle Inclán y Gabriel Miró. Y se importa manierismo o futurismo, simbolismo e impresionismo en esta Patria nuestra que había producido por un milagro de fecundidad un Greco y un Goya, un Quevedo y un Góngora, en los que tuvieron íntegra, audaz y genialísima realización todos los "ismos" que en el mundo han sido y serán.

Y por si fuera parva esta general conspiración contra el saber tradicional y la cultura indígena — saber y cultura que no excluyen ciertamente el atento curiosear en lo bueno de las culturas ajenas —

los hipócritas santones laicos de la Institución Libre de Enseñanza, encaramados sobre el aparato del Estado y nutriéndose de su cobardía liberal y de sus recursos, ponían cerco a las Cátedras y usufructuaban el monopolio docente para arrancar del alma de las generaciones nuevas, todo vínculo con la cultura hispánica y toda aspiración a una conciencia nacional.

Sombras de Giner y de Azcárate, de Cossío y de Castro que nos llevaron por el plano inclinado de la heterodoxia cortés y de la melíflua insidia a esta gran encrucijada histórica que el pueblo de España está superando con su sangre y con su esfuerzo generoso.

* * *

Una sola voz clamaba con los mejores acentos del alma española en este desierto intelectual de la desintegración de nuestro antiguo espíritu y del snobismo ramplón que nos ahogaba.

Heredero de Melchor Cano y del Brocense, Patriarca venerado de la crítica histórica, testamentario de la vieja cultura española como hubo de llamarse a sí mismo en momentos de desazonado pesimismo el llorado autor de los Heterodoxos y de la Historia de las Ideas Estéticas, remaba contra la general corriente extrayendo del inmenso océano de su saber, todas las galas restauradas de la vieja ciencia española.

D. Marcelino Menéndez y Pelayo, Maestro egregio de España que había libado en todas las culturas, levantaba paso a paso el gigante monolito de su inagotable saber por encima del discreteo extranjerizante de los ensayos, de las monografías, de las glosas y de los trabajitos con los que sin llegar a cuajar nada, los pigmeos y epígonos importadores de fuera, llenaban de petulancia las cátedras y los cenáculos, los ateneos y las revistas.

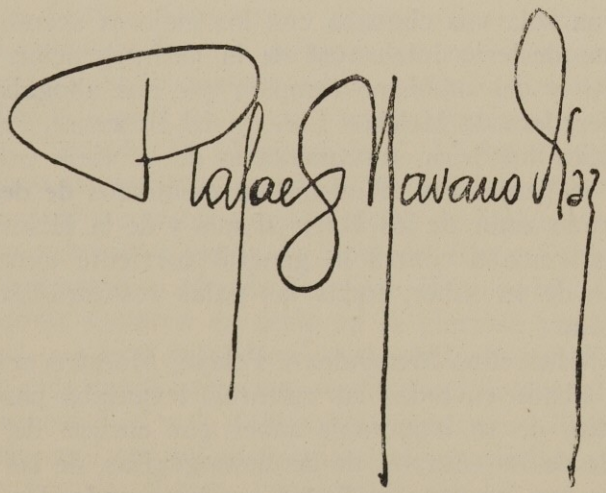
El fué el restaurador genial de nuestro saber añejo, y a fuerza de bucear hondo en la entraña de España nos dejó la herencia de su nostalgia imperial. El concibió por primera vez a España como Unidad de destino histórico en las consideraciones geniales que, con broche de oro, cierran su sapientísima "Historia de los Heterodoxos".

El amó a España con el más castizo de los quereres y nos legó —

Evangelio de la nueva Patria — la cantera inagotable de sus obras, cima, compendio y clave de todo el saber de España.

Por eso cuando vuelvan banderas victoriosas, cuando las flechas fernandinas traigan engarzadas en sus puntas las rosas de la paz, y sea llegada la hora de empezar nuestro retorno a la España inmortal — cerrando sus puertas al siglo de las negaciones matricidas — sea el primer homenaje de nuestro espíritu redimido para el gran muerto, para el sabio cristiano, para el Maestro de España.

Que él nos lleve de su mano como Virgilio al Dante, por los viejos y escondidos senderos de la Ciencia española y tradicional, hasta allí donde florecen el cristiano y recatado mirto y el soberbio laurel romano.



DOS LIBROS Y DOS GENERACIONES

(DE ORTEGA Y GASSET A GIMÉNEZ CABALLERO)

II

Ernesto Giménez Caballero nace el 2 de agosto de 1899, un año después de la pérdida de Cuba y Filipinas. La guerra europea le sorprendió a los 14 años estudiando en el Instituto de San Isidro de Madrid. Luego va a la Facultad de Letras y sigue durante tres cursos las explicaciones de Ortega y Gasset. A los 20 años sale para Alemania, donde inaugura un lectorado de español en Strasburgo. Vuelve a España y hace la campaña de Africa del 21 al 23 y escribe su primer libro: "Notas marruecas de un soldado", Madrid, 1923. La guerra de Marruecos había despertado su genio para España. Importante libro éste, tan importante como aquella guerra que habremos de revalorizar y hasta santificar, pues con ella se mantuvo en tensión la vida militar de España y allí se forjaron los valores de nuestra generación que habían de devolver España a sus destinos.

El año 1921 siente España el latigazo de Annual. Aquel latigazo remueve la política española hasta sus entrañas y hace llegar el golpe de Estado del General Primo de Rivera de 1923. Primera revolución nacional que el pueblo acepta contento y anheloso.

El General es hombre ya de edad, demasiado viejo para crear política. Trunca las ambiciones de la generación de Ortega, que era la llamada en aquellos momentos a gobernar España, mas Primo de Rivera no dejó a sus miembros ocupar el poder, ni los integró a su obra, quedando toda una generación fuera de la vida política nacional conspirando y haciendo crítica.

A mi modo de ver no es culpa del General Primo de Rivera la obra negativa integradora de su gobierno, sino un fracaso de principio, ya que alrededor de su buena voluntad se cernía una concepción de España como valor tradicional, como fortalecimiento de su esencia

y frente a él, la generación que debía ayudarle, partía como hemos visto anteriormente, de la falta de fe en la esencia de España. No tenía ni sentía una España de valores nacionales. La colaboración era imposible. Tal generación no podía entrar en aquella política, ya que la idea del todo español era completamente distinta para ella de la que sentía el General y sus colaboradores, en esencia magníficos patriotas que amaban la tradición y soñaron siempre con empujar España hacia un futuro imperial. Así, pues, la Dictadura de Primo de Rivera no se convirtió en un Movimiento nacional, aunque nació para acabar con todos los males que amenazaban seriamente a la Patria, y que el pueblo creyó que iban a ser destruídos para siempre. Ante aquel movimiento el sentir orteguiano siguió en pie y suyas son estas frases representativas: "Nuestra generación parece un poco remisa a acudir a una brecha donde es menester que ponga su cuerpo. Y esto no sería tan absolutamente grave como es, si no trajera consigo y significara el fracaso de nuestra generación y si este fracaso de nuestra generación no fuera tal vez según los momentos que llegan posible anuncio del fracaso definitivo de nuestro pueblo". Los valores intelectuales no siguieron al General y la juventud se apartó de él. Esas frases citadas son una amenaza seria a los estorbos que se oponen a su sentir, al sentir de todos los que como Ortega, deseaban la transformación revolucionaria de España contra cuanto habían señalado los políticos de antes. Una amenaza que partía de una generación que estaba en toda su plenitud, que poseía la ciencia, el periodismo, el contacto con las masas.

Bien es verdad que Primo de Rivera intentó atraerse también a las masas obreras a base de concesiones a los socialistas y con reformas jurídicas que su ministro Aunós inició acertadamente, pero en esencia las organizaciones obreras quedaron con sus ansias fuera de aquel quehacer y eran gobernadas y dirigidas contra el Gobierno sin que las concesiones de éste, por muy grandes que fuesen, y sin que el bienestar y prosperidad de la nación, que también fué grande, influyeran en su espíritu. La masa trabajadora española seguía creyendo en sus dirigentes y estaba cada día más frente al Gobierno.

Las clases burguesas, por el contrario, se acostumbraron y alabaron aquel Gobierno de orden y prosperidad, mas sólo por egoísmo.

por la buena marcha de sus empresas y negocios. Pero tan pronto como los primeros ataques a la peseta se iniciaron empezó a dudar de aquel Gobierno, y en vez de sentir un ataque a la economía nacional y asistirla, ayudó a las intrigas de una aristocracia aburguesada que rodeaba al Rey y rápidamente hicieron caer a aquel hombre de buena voluntad que no pudo contar, para hacer una obra firme y estable, con los valores nacionales y sociales de una generación que era imposible integrarla a la reconstrucción nacional, pues su concepción de España era la negación de la misma.

Los hombres del Gobierno militar no los valoraron en todo lo que representaban. Realmente se debió hasta el fin preocuparse de lo que en la Universidad y en la calle se decía. Se debió integrar a aquellas gentes, o destruirlas después de haber abierto cauce a los anhelos nacionales que ellos llevaban y a la vez destruir las concepciones erróneas que se oponían a que se pudiese continuar la obra nacional, a trueque de los sacrificios y de las imposiciones necesarias.

Pero aquel movimiento quedó reducido a una cosa militar sostenida por el Ejército, y éste empezó a dividirse. Primo de Rivera se encontró pronto solo y sin apoyo ni reconocimiento a su buena voluntad y sus enemigos en marcha llegan al Poder el año 1931.

El 14 de abril de 1931 el pueblo español creyó en la revolución que los intelectuales y políticos de la generación de Ortega habían empujado y que con la República ve llegar el Poder. Es cierto que no habían colaborado en la política, que sólo la crítica les había fortalecido y que frente a los ensayos intermedios, esta generación siguió su camino noblemente, sin gastarse en concesiones intermedias. La soledad política de esa generación había venido desde el año 14, en que Ortega pronunciaba la queja del apartamiento de la vida política que su generación representaba, ante el quietismo que ofrecía la mole de los partidos políticos, putrefactos, pero en pie como los elefantes muertos que no se caen. El escribe refiriéndose a los valores que sus contemporáneos representaban, estas explícitas palabras: "¿Con qué derecho se va a pedir que lleven, que traspasen su energía, mucha o poca, a esos odres tan caducos, si es imposible toda posibilidad de transmisión, si es imposible toda inteligencia?".

Este sentir siguió total hasta su llegada al Poder con la República

que indudablemente fué una brecha abierta por el pueblo para alcanzar sus ansias nacionales y su sed de justicia social. Es preciso en ese sentido ver en el 14 de abril todo un sentir, toda una fe de mejora del pueblo español. Fué una revolución frustrada, realizada por la generación de Ortega en la cual creíamos nosotros, que pronto nos llamamos a engaño, y decidimos emprender el camino de la recuperación de España atacada de males muy hondos, de los que el pueblo quería sanar. El 14 de abril el pueblo de España quiso curarse de todos los males que venía padeciendo, pero el médico era malo. Pero la brecha abierta para la operación nos mostró lo agudo de los males viejos y las entrañas todas de la Patria. Su salud iba a volver, su salvación iba a ser posible. Del año 21 al 31 nuestra generación va forjándose entre sobresaltos y gritos, iba decidida a andar derecha, a cortar por lo sano, a recuperar a España. Veamos cómo la obra venía fermentando.

El año 1927 publica Giménez Caballero sus primeros ensayos, de tipo claro fascista. El nos declara que tras unas conferencias por Italia, descubre ese genio romano a cuya divulgación y defensa como un convertido se dedicará toda su vida.

Giménez era un español que había ido a la guerra de Africa, que sintió a Ortega y estuvo en contacto con él, colaborando en la *Revista de Occidente,* en *El Sol,* en *Filosofía Española.* Es decir, trabajó y colaboró con la generación orteguiana que atacaba a la Dictadura y pensaba en una España liberal republicana y europeizada. Pero este hombre el año 1927, cuando ya Primo de Rivera iba extinguiéndose, se hace fascista, funda y dirige *La Gaceta Literaria* y se encuentra en una España en crisis, gritando y dando alaridos frente a tantos increyentes. La República de 1931 le sorprende cuando publicaba su *Robinsón Literario de España.*

Mas su soledad era observada y su generación iba izando bandera firme. Desde el momento en que la caída de Primo de Rivera anunció el derrumbamiento de la Monarquía, su generación empezó a encuadrar combatientes, estudiantes de la F. U. E. y obreros jóvenes de los sindicatos de la C. N. T., sobre todo, fueron pensando en una España de proyectos fuertes, que la República dejaba fuera de su programa. Ni para unos ni para otros eran atractivos suficientes los principios galos del nuevo Estado que nuestros maestros nos brinda-

ban. Prueba de estos anhelos nacionales firmes, puestos por muchos en la naciente República y pronto defraudados, fué la repugnancia con que muchos jóvenes veíamos la amistad lacayuna que nos unía a Francia. Recuerdo que la visita de Herriot a España, anhelo soñado de nuestros políticos desde Azaña y los socialistas hasta Maura y Alcalá Zamora, con comidas en el Cigarral de Marañón, promovió enormes alborotos en la Universidad. Yo, en aquellos días, estudiante y fuísta, asistí a una manifestación tumultuosa de la que resulté herido. Contra el imperialismo francés y la traición de nuestra burguesía, la juventud reaccionábamos violentamente. A aquella manifestación acudimos los estudiantes de las J. O. N. S., los tradicionalistas y muchos de la F. U. E. que se adhirieron a nuestra protesta, junto a obreros de la C. N. T., en lucha sindical y política contra los socialistas. Fué la primera voz contra Francia.

En febrero de 1931 había aparecido *La conquista del Estado,* periódico de lucha fundado por Ramiro Ledesma Ramos, fundador de las J. O. N. S. y también antiguo colaborador de *La Revista de Occidente,* en el cual se llamaba a la juventud española para tomar las armas por la Patria, Una, Grande y Libre. Aquel año se fundan las J. O. N. S., organización de lucha dispuesta a todo para salvar a España. Era la formación primera donde iba a encontrar un puesto nuestra generación. *La conquista del Estado* fué como aquel manifiesto y aquella "Asamblea de Doctores" de 1914 en que Ortega, con su talento, fué la voz cantante de aquella sociedad de educación política. En esta Revista y en esas J. O. N. S. aparece como inspirador destacado Giménez Caballero, que ya poseía todos unos años de siembra en torno a recoger luchadores para la defensa de los valores nacionales. En 1932 aparece su libro "El Genio de España", que ha sido para nuestra generación lo que la "España invertebrada" para la generación de Ortega. Es el libro de una generación puesta en pie contra la generación precedente. Es un libro escrito exclusivamente contra la obra de Ortega.

Mas es la creación de un discípulo influído de cerca por las concepciones del maestro, a las que combate con fe de convertido, pero con estilo y técnica orteguianos.

Que Giménez Caballero es discípulo de Ortega y toma de este gran

diseccionador, uno de los más agudos que ha tenido el espíritu español, ideas y conceptos, se puede probar fácilmente. Léase en la "Nueva Catolicidad" los conceptos de integración y desintegración que Ortega había utilizado como base de la historia vital de un pueblo, y que Giménez Caballero los usa aplicando la idea de integración a lo "católico romano" y la dispersión al "principio o esencia" de Europa, particularista y nacionalista. Pero aquí mismo se ve cuán diversas son las valoraciones. Para Ortega, su sueño es europeizar España racial y políticamente; Berlín, Londres, París, son las fuentes para inyectarnos energías. Para los discípulos, otras voces suenan mejor. Oigamos: "La palabra Europa es siempre bárbara y alógena para un español". "La palabra Europa, además de ser una palabra bárbara para un español, es una palabra fatídica" ("Nueva Catolicidad", pág. 9). Esto escribía Giménez Caballero, y en las calles los que leían sus libros y los que no los conocían, hacían frente a la policía con los gritos de "Muera el imperialismo francés", "Abajo la democracia gala", "Arriba España".

Así, todo cuanto en torno a Giménez Caballero decimos son pulsaciones representativas de su generación toda, de la cual él es sin duda el primer despertador y uno de los más elevados propagandistas, y su libro central es ese "Genio de España", confesión de toda una generación de hombres que se aprestan desde hace años a reintegrar España a su verdadero valor, a su auténtico genio.

Ya su autor presintió proféticamente la alegría de una creación fecunda. En contraste con aquella introducción llena de dudas con que Ortega entrega su alma a los españoles, procurando llenar sus concepciones de toda clase de reservas, Giménez Caballero escribe con la fe plena de quien ha acertado: "El Genio de España" — dice — ha sido en mi vida de escritor el libro que me ha surgido definitivamente" (2.ª edición, pág. 7).

Es este libro un caluroso fermento de fe en España, es la alegría de encontrar los caminos de una resurrección nacional. Ningún otro libro ha aparecido hasta la fecha ni se ha escrito jamás con anterioridad tan pleno de fe en España, como esta obra que representa la creencia de nuestra generación, hoy en pie de guerra y desde hace

tiempo arma al brazo, defendiendo una esencia de España, más presentida que conocida.

Es así "El Genio de España" toda una interpretación de España que lucha contra cuanto de bastardo nos habían introducido, concepciones erróneas de lo que había sentido España desde Europa y no desde su corazón.

Giménez Caballero ha escrito el primer catecismo de creencias, de afirmaciones políticas de nuestra generación, cuyos sentimientos y valoraciones por eso venimos centrando en torno al desarrollo de este escritor.

Todo lo que era duda en Ortega y en los suyos y por lo tanto tristeza, es aquí firmeza y alegría del que ha acertado. La obra de Giménez Caballero es toda una resurrección, un amanecer. Es el libro de un jonsista que preconiza y ayuda a comprender nuestro potente Movimiento actual en el cual han venido a encuadrarse toda una juventud que andaba desperdigada parte de sus miembros en la derecha y otros en la izquierda, deseando encontrar nuestro sitio para empujar nuestros anhelos nacionales y de justicia. En ese libro se escribe de la bastardía de las derechas y de la bastardía de las izquierdas, al mismo tiempo que José Antonio encuadraba y formaba a las juventudes renegadas de tales bastardías y regeneradas por el sentimiento de la Patria justa que las consignas de la Falange proclamaban.

Esa es la juventud que sentía el "Genio de España". Así ese libro que lleva nuestro brío y nuestro credo escrito proféticamente, indica la forja de las almas que ahora en esta lucha defienden a España de esos peligros que querían casi descastar su genio. Uno de ellos el Occidente: Francia, Inglaterra, el fermento rubio; otro el Oriente: Moscú.

Frente a la corriente de europeizar España según la concepción que había tenido la generación anterior, nuestra generación la vamos a ver vuelta a su valor auténtico, predicar valientemente una nueva hispanización de Europa. Nadie más claro ni con anterioridad ha predicado por el mundo este anhelo salido al mundo en tan duros momentos, que al recordarlos dan a aquellas frases sabor de profecía.

En 1932 Giménez Caballero escribía atisbos geniales que su obra de predicación había de ver realizados. Interpretaba nuestro pasado creyendo en él y en una resurrección de España. El lector de su libro

acaba creyendo en una resurrección nacional. Ha encontrado una España ya olvidada, perdida. Su alegría desbordante todo lo llena. Todo su espíritu se alegra con el hallazgo. España es un pozo sin tasa de afirmaciones y su fe en sí misma y en sus valores es comparable a cuando un hijo sin apellido halla legítimamente a su padre. Son muchos los siglos de historia gloriosa los que se explican y se sienten.

Así surgen los gritos de iluminado de ese libro lleno de profecías y de optimismos. Oidlos pensando en las concepciones de la generación de nuestros maestros: "Españoles: ¿No creéis que los Genios eternos del mundo vuelven a extenderse por el mundo en rangos de batallas y tormentas, como las nubes por el cielo?

"¿No creéis que en este mundo guerrero que se avecina España podría volver otra vez a asumir su papel de directriz?

"Yo os aseguro que lo que os digo no son locuras, insensateces, caprichos ni desvaríos. Yo os lo afirmo, que no son malabrismos historicistas e insustanciales.

"Españoles: Por primera vez desde hace tres siglos hay un alma española que os promete seriamente, fundamental y fundadamente, optimismo, grandeza, reconstrucción y genialidad.

"No sonriáis, no vaciléis por pensar que la situación actual de España es otra que la de nuestro Quinientos.

"Es la misma. Y es la misma porque luchan sobre España las mismas potencias hostiles del Quinientos: Oriente y Occidente.

"¿Qué creéis? ¿Acaso la España de los Comuneros era distinta de la de ahora?

"La España de los Comuneros era tan separatista en el fondo como la de ahora. (Francia la rondaba sus zancajos como se los rondó en la guerra de la Independencia y se los ronda ahora).

"Pensad que aquellos pobres españoles que saltaron con salto de tigre sobre el mundo, no conocían más que el campanario del pueblo. Al final del siglo xv, España era un país de gente que se había pasado los siglos pegándose con los moritos en un constante Annual y Alhucemas. Que cada ciudad española era una especie de Tánger.

"Y, sin embargo, de un salto, esa España se vuelve sobre Europa, América, Africa, Oceanía. Y las conquista. Y llega a civilizar continentes. Y españoliza a Europa. Ese era y es el genio de España;

borrar hechos diferenciales, dejar nombres de naciones, de pueblos, de villas, de calles, de hijos, de modas por el mundo. Esa es la europeización de España. Esa es la soberbia española que pudo adquirir el pobre y enteco español de la España comunera.

"Nada de nostalgias. El español debe volver a Europa como volvió antes. Y debe volver siempre. No a mendigar. Sino a ofrecer y a dominar.

"Me diréis que el español del quinientos había almacenado un entrenamiento de triunfos militares sobre el moro.

"Pero decidme: ¿Y el depósito de rabia y desesperación que hemos almacenado los españoles hoy después de tres siglos de bofetadas, de vilezas, de derrotas y de amarguras, ¿No es una fuerza quizá mayor que aquélla?

"Me diréis que el español del Quinientos luchaba con armas iguales a las de otras naciones. Pero decidme: ¿No tendremos otra vez al ingenioso tudesco y al circunstancial britano para suministrarlas y al genovés y al judío para administrar las fuerzas y las economías? "El español nació para mandar". Ya lo sabéis. Todo eso de la economía y la técnica, se pide en auxilio y en servicio. Lo que no se puede adquirir es el genio del mando y de universalidad. Y para que ello sea otra vez posible, reunamos todos nuestros haces de defensa nacional, genial".

Todo esto ha escrito un hombre de nuestra generación en 1932. Sólo la juventud entendía sus palabras, pero la profecía fué realidad pronto. Verdad patente del genio de España en el que creemos todos los que salvaremos a España y la empujaremos lejos. Desde hace tiempo queda probado que la sentimos y hemos hecho los sacrificios necesarios para demostrarlo y esto, como decía nuestro José Antonio, centro de nuestra acción, "se hace porque nuestra generación, que tiene tal vez por delante treinta o cuarenta años de vida, no se resigna a seguir otra vez viviendo en aquella capa chata, incluída entre una falta de interés histórico y una falta de justicia social". (José Antonio. Discurso parlamentario de 6 de junio de 1934).

La guerra ha fundido a nuestra juventud en las trincheras, a las que fuimos para defender y sentir ese genio de España que Giménez Caballero, gran pre-nacionalsindicalista, atisbara.

La juventud de España está secundando una lucha que ya hace tiempo sostenía sola la Falange, y como este factor bélico es muy importante en la formación y significación espiritual, creemos factible señalar dos grupos en nuestra generación, que el tiempo irá definiendo.

Un grupo lo constituyen todos aquellos que tienen poco más o menos más edad que José Antonio; el segundo grupo es el de los que son más jóvenes. Hay diferencias de formación y de actuación en este continuo sacrificio de la resurrección de España.

Los primeros, son hombres de prestigio formado ya, apartados de Ortega, tuvieron tiempo de estudiar y madurar en los años tranquilos de la Dictadura en que han pasado la época de sus 20 a 30 años de edad, época formativa por esencia del hombre. Estos son los preparadores de nuestro programa, los primeros predicadores de la acción, cuando ésta no era acción plena todavía. Intelectualmente, han tenido tiempo de estudiar y de aprender. Su formación intelectual será mucho más completa que la del grupo que les sigue, que pasa sus años en una Universidad en continuo tumulto donde sólo se hizo política y violencia. Pero ellos están más cerca de la generación anterior y tienen intelectual y políticamente resabios que nos recuerdan los males, ya muy lejanos para nosotros. Unas veces son influencias culturales extranjeras, otras añoranzas de regímenes políticos o de dinastías ya lejanas y que un día la perspectiva histórica hará ver claramente como antinacionales.

Así a Giménez Caballero, tal vez su visión certera de Roma, le ciega y le hace a veces un propagandista de Italia: hija de Roma, pero no Roma misma. El grupo intelectual de Acción Española — bueno y fino baluarte de valores nacionales — siente tendencias demasiado dogmáticas a tener fe en una dinastía que ya cayó y tal vez por ello somos posibles nosotros. Personas hay entre todos estos valores pre-nacionalsindicalistas cultivadoras de influencias inglesas o de entusiasmo por lo germánico.

Este grupo de valores preclaros de nuestra generación que abrió el camino a las concepciones nacional sindicalistas, no es, sin embargo, grupo de acción, pues ésta ha quedado para el segundo grupo, al que pertenecen todos los hombres de España que ayer vendieron periódicos

a golpes por las calles de las ciudades y pueblos y hoy se baten a tiro limpio en las trincheras.

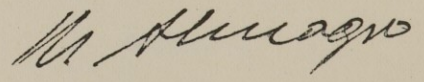
Es éste el grupo que no sabe de política, sino de acción, que no ha escrito artículos ni libros, pero ha dado ejemplo muriendo por la Patria. Sus obras para la nueva reconstrucción de España, no son libros ni artículos, son nombres de victorias y de sacrificios: Alto de León. Alcázar de Toledo.

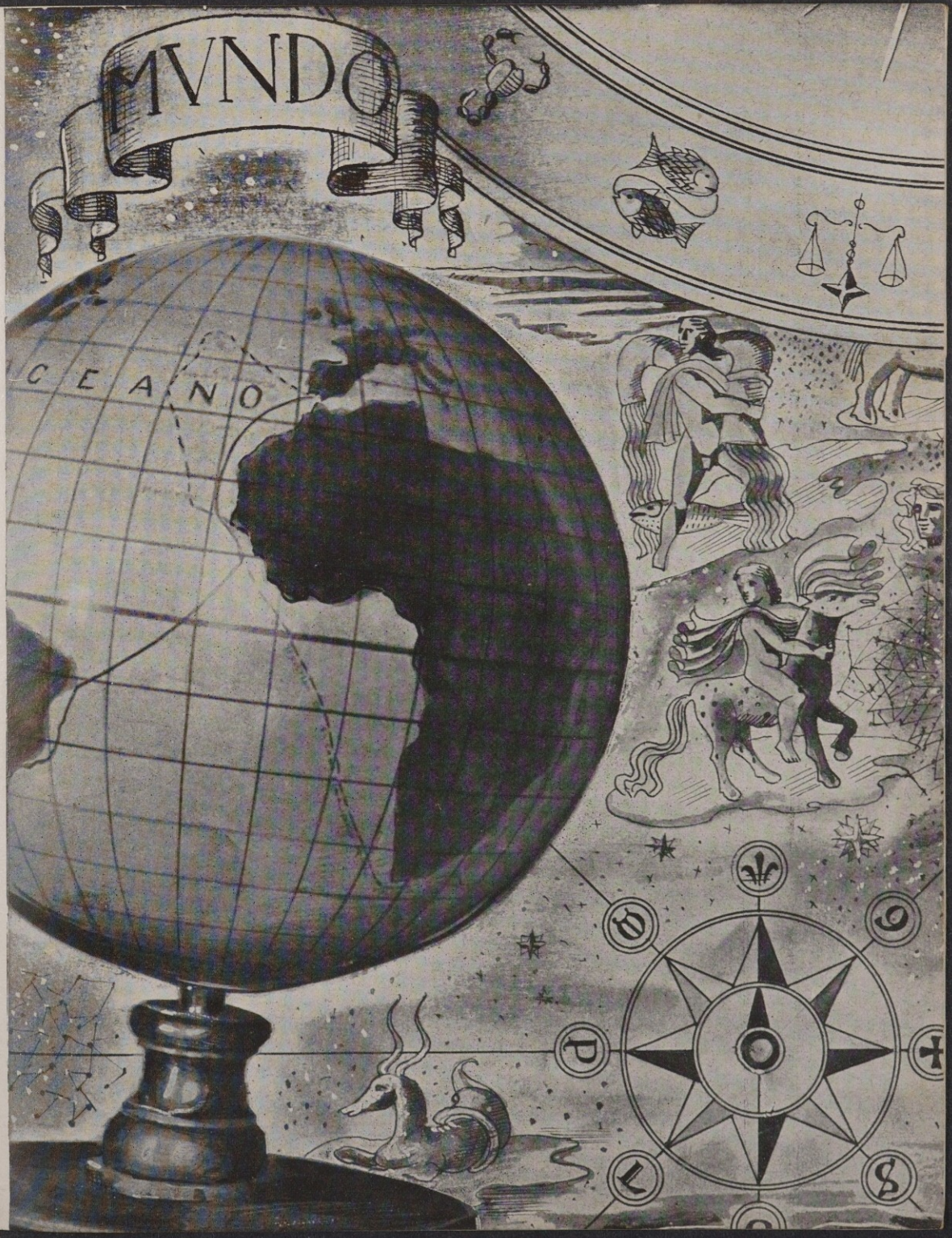
De ellos han de aprender todos los que dirijan a España el desinterés, la falta de ambiciones egoístas.

Con poca Universidad, pero con muchos meses de frente de guerra, creemos que en las líneas de fuego están los mejores hombres de la futura España imperial.

Esperemos que el futuro de esta generación, nacida entre guerra y anhelos, lleve pronto desde el poder su vitalidad a la esencia y genio de España.

Trágico fin el de la Patria si otra nueva juventud generadora se malograse.




MVNDO
C E A N O

INVERSIÓN Y CONVERSIÓN DE ANDRÉ GIDE

André Gide ha ido una vez más a Rusia y ha regresado. Y como equipaje de retorno ha traído un libro, "Retour de U. R. S. S.". El propio título del libro quizás quiera indicar una posición ideológica de franca retirada, de retorno, de vuelta.

Gide es — literariamente — un magnífico exponente de ese espíritu de decadencia que por florecer en Occidente parece indicar que Europa estaba pensando en entregarse a los bárbaros con la misma facilidad con que cambió la oculta blancura de nuestras doncellas por las desnudeces prietas de Josefina Baker.

Gide es una típica mentalidad del 1900 francés, que vivió y pasó la guerra en una posición estática. Es decir, de fatiga, de incapacidad e incomprensión para lo heroico, de siesta sobre campos de batalla.

Su reportaje soviético ha conocido un estupendo éxito editorial, y una gran resonancia en los medios intelectuales franceses. Y suponemos que también entre la clientela insulsa y elegante de sudamericanos y egipcios que creen todavía que París es luz de espíritu y que la gigantesca portada de la Estrella es Arco Triunfal.

Y todo ello es natural. Gide es una de las más delicadas mentalidades de la logia del más fino decadentismo, de intelectual frivolidad que se ha pasado con su rosa de decadencia a esos medios grises que no son ni comunistas ni fascistas.

El "Retour de U. R. S. S." saca a su autor de esa posición seudoselecta y falsamente revolucionaria de lo comunista, para encerrarle en esa categoría decimonónica y sin salida de un doble "no-conformismo", que no puede ser nunca postura política, sino divagación intelectual.

Por eso nosotros, que vemos al mundo llamando a las puertas de la nueva Catolicidad, y a la vida en tensión y emoción de Falange, no podemos echar nuestras campanas al vuelo porque el autor de "Corydon" no admire ya la experiencia fracasada de Moscovia. Nuestra visión del proceso político universal es tan distinta a la suya que no podemos acompañarle en su camino de vuelta. Es muy posible que su libro tenga gran trascendencia en sectores sociales y medios intelectuales de cierta cuantía. Pero como afortunadamente no son los nuestros, les cedemos a ellos íntegramente la conversión de Gide.

El apologista integral de Oscar Wilde es ciertamente un gran literato, un puro y delicado intelectual—insistimos—que actúa y toma posiciones ante la vida por reacciones estéticas. Pero las fuerzas que han pesado en su inversión política son tan opuestas a nuestras doctrinas, que preferimos ignorarlas.

Por eso nosotros, que vemos la política como pedazos de historia, como una mística y como una fe, queremos establecer nuestra diferencia absoluta y total con Gide. Con el Gide de ayer y con el de hoy.

Su posición es, además, puramente negativa y parcelaria, ya que su desaprobación sólo se refiere a las modalidades de aplicación del experimento ruso, y no al posible contenido doctrinario del que fueran consecuencia.

Nuestra reprobación, en cambio, no va simplemente contra la técnica ni contra los resultados del ensayo comunista en la Unión Soviética, ya que éstos, como categorías históricas, no serían más que cosas de detalle.

Nuestra divergencia totalitaria y absoluta arranca desde los orígenes ideales de su concepción. Nosotros, que no somos contrarrevolucionarios, sino revolucionarios que exaltamos valores diferentes, creemos que nuestra rebeldía ha superado al marxismo, precisamente por ir en busca de realidades políticas permanentes, y por eso mismo, siempre actuales. No podemos, pues, quedarnos con Gide en la posición fácil, cómoda — y también estética —, de detractores del comunismo ruso en sus detalles. Ello podría llevarnos al postulado peligrosísimo de creer que el rotundo fracaso político de la Rusia staliniana era debido a la inferioridad oriental de un pueblo, guiado por dirigentes incapaces. Es decir, casi a la posición de Trotzky.

Por otra parte, André Gide es para nosotros más auténtico cuando escribe "Corydon" que cuando se ocupa de política, lo haga en comunista o en decepcionado. Por suerte nuestra, su fuerza persuasiva es igualmente nula en su famoso libro que en su reciente "Retour de U. R. S. S.".

La nueva posición de Gide podría interpretarse a la ligera de traición política, pero en realidad no es más que un acto de fidelidad consigo mismo, en su permanente postura intelectual de autodeterminación ante fenómenos que sobrepasan los límites de la inteligencia pura. Es decir, de simple estetismo literario.

Pero para nosotros, el estetismo literario es posición de antípodas. A la vuelta de Gide de Rusia — regreso de todo un paraíso perdido — no le damos otro valor que el de muestra de frivolidad política de un gran literato. Su proceso dentro de los valores doctrinarios, es más de inversión que de conversión. Por eso no quisiéramos que sus prosélitos vinieran a formar junto a nosotros.

La conversión por sincero arrepentimiento, por vislumbre de la rotunda verdad nuestra, es uno de los fundamentos de nuestra milicia, de nuestro ideario totalitario y universal. Entre los hermanos enemigos de la guerra de hoy — los modestos milicianos rojos de alpargata y fusil — pensamos encontrar camaradas futuros, para dar a su espíritu revolucionario orientaciones de firmeza nacional.

Entre los muchos "no-conformismos" de Gide con la Rusia de hoy, se destaca la crítica de la glorificación superhumana de la figura dictatorial de Stalin. Pero para nuestra ortodoxia el pecado no es el elevar ídolos, sino el destruir previamente los Dioses tradicionales.

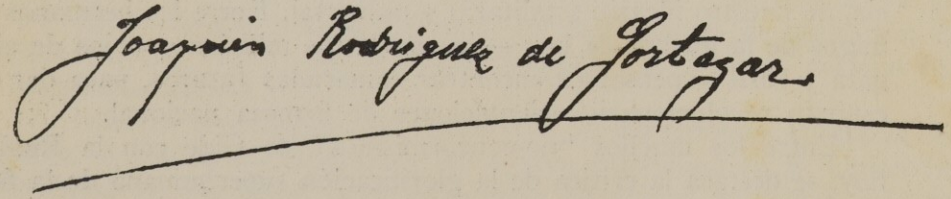
El autor de "Corydon" impugna, entre otras muchas cosas, en una modesta, modestísima nota, que la legislación soviética no admite como categoría revolucionaria la homosexualidad. Nosotros abandonamos con repugnancia a los estetas, a los decadentes, el admitir ambigüedades ante la suprema realidad del sexo, que no son en lo físico más que categorías patológicas, y en lo moral, taras infamantes. Dejamos íntegramente, por nuestra parte, a sus admiradores de ayer y de hoy el pronunciarse sobre esta afirmación.

En el diálogo estético entre el autor y sus lectores, queremos fijar nuestra postura de no-intervención. Sentimos una imposibilidad me-

tafísica para ello. Lo mismo que en lo sexual no admitimos más que las categorías biológicas del varón y la hembra, en lo político sólo admitimos dos posiciones contemporáneas: la nuestra, llena de la verdad pura de una nueva disciplina, henchida de clásicas esencias de romanidad, y la de enfrente, la del comunismo doctrinario, con todos sus defectos insuperables de aplicación.

Por eso la senda de regreso de Gide se nos aparece como un tercer camino, intelectual, estético, imposible, por el cual no podemos acompañarle.

Nuestro comentario fundamental es el declarar que lo más contrario a la auténtica revolución — la nuestra — son los factores disolventes. Nuestra mística eleva con la fuerza de un rito antiguo a la máxima categoría revolucionaria la suprema contundez del sexo. Exaltamos la paternidad, que es función y fundación de Patria, a premisa fundamental de nuestro movimiento. El sexo hace al soldado, a la madre y al hijo. Por eso incorporamos los cantos nupciales a nuestros himnos de victoria.



Imperium

EL IMPERIO DE ESPAÑA

"Nuestro régimen será un régimen nacional del todo, sin patrioterías, empalmado con la España exacta, difícil y eterna que esconde la vena de la verdadera tradición española".

(José Antonio Primo de Rivera).

I

Vocación de España para el Imperio: Roma

Roma — la disciplina creadora — encuentra a España hundida en la desorganización. Guerras de tribu a tribu, diversidad de razas y ni sombra de idea nacional: Hispania, Iberia, son nombres geográficos, puestos desde fuera. El español no sabe que lo es.

Levante y el Sur son iberos de raza. En el Centro y en el Norte domina sobre viejas razas indígenas una capa más o menos densa de aristocracia celta. Cada región española tiene una mezcla de razas diversa en proporción y elementos.

Por eso la unidad de España no va a ser ya nunca una unidad racista, ni tampoco de lengua o de cultura, sino una unidad de destino, lograda a fuerza de romanidad y viva sólo en los momentos en que España tiene conciencia de su destino universal.

De aquel ingenuo estar dormido de los indígenas — explotados por comerciantes y marinos fenicios y griegos —, les hace salir la voz dura de Roma, que llama a la disciplina y al orden y se hace perdonar así su codicia implacable.

Ya antes de romanizarse, España se había medido por las grandes empresas universales.

Los grandes dólmenes del Sur — Antequera — llegan a tener esas

grandes dimensiones de los Panteones o los Escoriales del Imperio. Alrededor de Tartesos — entre Huelva y Cádiz —, se organiza un imperio atlántico — quizá la soñada Atlántida —, que llega con sus naves hasta Bretaña, hasta Irlanda. Este es el Imperio del estado, buscador de materia prima tan preciada en la Edad del bronce.

Este Portugal prehistórico tuvo un correlativo Aragón imperial en Almería. La cultura almeriense — sobre minas de cobre — tuvo, como la Atlántida de Tartesos, un radio imperial en el Mediterráneo, y misteriosos lazos con el mundo egeo del toro de Minos.

Todos estos imperios culturales que la prehistoria y la etnología empiezan a adivinar en la penumbra de las primeras edades, pasaron como sombras sin conciencia, sin historia. Lo que se pierde para la Historia, casi no existe. Estos primeros Imperios españoles apenas son más que fantasmas.

Pero esta nada preparó todo lo que había de venir después y dió a España esa solera vieja que es imprescindible para los Imperios. Este pasado fabuloso llega a los tartesios, a los andaluces de la época romana, en forma de leyes en verso, de cantos épicos, de cultura vieja. O a los levantinos en capacidad para formas maravillosas de arte refinado, para esa misteriosa dama de Elche que oculta su gesto triste en una sala del Louvre.

Estos soñados Imperios de los extremos meridionales de España no supieron hacernos salir de las tribus. En esto estaba su fracaso. España no pudo llegar a tener una organización política propia, de acuerdo con la cultura — plural — indígena. Casi estuvo a punto de formar parte para siempre de un imperio mercantil semita, el cartaginés. Pero Roma se presenta en la Historia.

Y el destino de Roma era regir pueblos, crear naciones, salvar la herencia eterna de la cultura antigua, organizar un Occidente. Roma fué rapaz, cruel a veces, pero tenía una viva conciencia de su misión y no la perdía nunca. A partir de los Escipiones, Roma actúa en España con vistas imperiales; desde el principio, Roma construye caminos a través de los montes de Hispania y con sus colonias de soldados siembra en nuestro suelo, para siempre, su latín.

Roma lleva a España desde este momento (218 antes de Jesucristo) por su camino histórico, de historia sujeta como ninguna a la inter-

pretación económica. Primero España sufre con Roma bajo el régimen puro de explotación capitalista. (¡Magnífico negocio las minas y el aceite de Andalucía!). Cuando el capitalismo se extrema, y la gran finanza de la clase social romana de los caballeros — los magnates del capitalismo — anula la aristocracia de sangre, suprime el pequeño propietario y explota sin piedad al proletariado esclavo, entonces surge en Roma (hacia 150 antes de Cristo) una reacción social que clama por el reparto del *ager publicus,* de las tierras que los grandes capitalistas han usurpado al Estado, por el gobierno imperial y no la explotación de las provincias. Tiberio y Cayo Graco, al levatar esta bandera, tuvieron el trágico destino de quien quiere hacer virar la Historia demasiado pronto. Pero de esta tendencia reformista, popular, por ellos fundada, va a salir César, y con César, el Imperio romano, el auténtico Imperio, que toma el cuerpo plural de la República para darle, con la unidad de mando, alma y generosidad imperial.

En esta marcha de Roma, España se hace una simple acompañante. Toda esta vida histórica y económica es la propia de España — sobre todo de la España mediterránea — una vez que las últimas resistencias se han hecho inútiles.

España es ya, para siempre, una provincia del Imperio, la provincia más antigua — después de Cerdeña y Sicilia, complementos de Italia —, donde va a vivir — en nuestro español — el latín en forma más antigua.

Después de la romanización, intensa y extendida casi hasta los últimos rincones de España, toda la Península va a vibrar ya al son de unas mismas palabras, en la misma lengua: España empieza a ser una con unidad de destino. De ser libre, todavía entonces no la llega el tiempo.

En el Imperio colabora España desde el principio: Menéndez Pidal ha sido el primero en subrayar la importancia de esos dos Balbos de Cádiz que acompañan siempre a César y que son una representación de la adhesión de las provincias agradecidas al nuevo régimen. César paseó por España, y fué en Cádiz donde lloró al sentir despertar en sí anhelos imperiales. En España fundó Augusto esa ciudad de Mérida, que en templos, en mármoles, en teatros y acueductos pregona la grandeza del Imperio por la tierra ancha de Extremadura.

España sintió despertarse, al contacto genial de Roma, con ansias de Imperio. Y española es la primera dinastía que desde las provincias toma sobre sus hombros la carga formidable de los deberes imperiales. Como española es la primera escuela literaria provincial, con Séneca como cumbre.

Trajano y Adriano, los dos grandes emperadores españoles van, después de la decadencia imperial de sus predecesores, a representar el cénit del Imperio y de Roma. La plaza destrozada del Foro Trajano en Roma o el grandioso sepulcro de Adriano junto al Tíber nos dan la sólida medida del Imperio, que entonces alcanza su frontera máxima en el Tigris lejanísimo o en la tierra bárbara de Dacia, que por obra del español Trajano va a quedar para siempre — Rumanía — dentro de la romanidad.

En los días de Trajano y Adriano, el Imperio vive su mediodía. Un mediodía velado, austero, español. El mundo antiguo, en vísperas de la tarde definitiva, se recoge sobre sí mismo. Vive un arte fino y frío, una arquitectura inmensa y mesurada en lo decorativo. Bibliotecas por todas las provincias para eruditos trabajadores y aficionados a todo, como Plutarco. Austeridad, fina austeridad en el trono con Trajano; con Adriano, gustos solemnes de príncipe artista y viajero triste.

Estos días de plata dió al mundo la ciudad andaluza de Itálica con sus hijos emperadores, Itálica, el pueblo romano sepultado bajo olivares, en "campos de soledad", bajo los cielos azules del Sur. Itálica, que dió, imperialmente, sus hijos a Roma, sin reclamar nada para sí, hasta dejarse perder, casi olvidar entre amarillo jaramago, sudario de ruinas.

Así le llegó a España su primer ensayo de Imperio, su aprendizaje bajo la magna maestra Roma. España pagaba al Imperio su enseñanza en príncipes justos, Adriano y Trajano, cuyas "cunas de marfil y oro" rodaron en una callada y señorial ciudad andaluza.

España vive en estos siglos de aprendizaje días iguales y serenos, sin historia, pero florecidos de viril arquitectura. Tarragona termina sus murallas ciclópeas con sillares romanos, Segovia ve la puente maravillosa de un acueducto proyectada sobre el cielo de Castilla, Sagunto asoma su teatro al mar latino, los ríos españoles prestan su cuello al yugo de puentes perfectos, como el de Alcántara.

Días de plenitud, en que un cordobés, Séneca, define la serenidad

suprema y triste del suicida antiguo que sabe despreciar y retirarse, un riojano, Quintiliano, da normas de estilo y de gusto, otro cordobés, Lucano, intenta una epopeya moderna y romántica, un aragonés, Marcial, pasea sus risas sobre el lodo de la corte de Domiciano.

Son días en que las ciudades consagran templos al Emperador, construyen caminos y puentes, dedican estatuas, labran mármoles, graban esas lápidas de escritura perfecta llamadas a la eternidad de los Museos.

Así pasan unos siglos serenos, de universalidad, de civilización, de espíritus cultivados, ¡de Imperio!

Pero al Imperio más sólido le estaban contadas sus horas. En los países orientales, en la provincia lejana de Judea, nace una divina subversión semita: "haced bien a vuestros enemigos", "bienaventurados los pobres de espíritu", "más fácil es que un camello pase por el ojo de una aguja que entrar un rico en el reino de los cielos", "muchos primeros serán los últimos y los últimos serán los primeros". Y al lado de esta destrucción de los valores antiguos, la afirmación de una Iglesia Universal, Católica, que nacía para destruir el Imperio romano: "Id y enseñad a todas las gentes... Yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación de los siglos". Se le preparaba a Roma un Imperio espiritual, que traspondría a lo incorpóreo la grandeza romana.

Frente al espíritu nuevo, Roma no sabe defenderse. Ni tolerancia ni persecuciones pueden ahogar la hora nueva, acabar con un mundo que nace. Del caos político del siglo III — bárbaros contra legiones sin centro —, sale el Cristianismo con una fuerza capaz de dominar el Imperio.

Si Constantino aun quiere utilizar políticamente para el Imperio la fuerza de la Iglesia, Teodosio, otro gran emperador español, tiene que hacer penitencia a los pies de obispos.

Teodosio es un castellano, de Coca, nacido en los pinares del Eresma, que tienen vistas a la Sierra de Guadarrama. Es un militar que llega al trono del Imperio después de recorrerle todo y de sentir su grandeza y su debilidad. Bajo el español Teodosio vive el Imperio sus últimos días de Unidad; el año de su muerte (396), Oriente y Occidente, Bizancio y Roma, Moscú y Europa inician su cisma irreparable.

Pero estos días pálidos, últimos de la Unidad romana, Teodosio supo vivirlos con la severidad española de un Felipe II.

España recibió con entusiasmo la novedad espiritual del Cristianismo. Santiago o San Pablo — quizá los dos — predicaron a lo largo de las carreteras españolas, y en las ciudades de Andalucía, en Tarragona y en Zaragoza y en Mérida la nueva fe hizo sus prosélitos y ofreció sus mártires, testigos del Dios cristiano.

España da ya su voz cristiana al Occidente. Prudencio, de Zaragoza, es el máximo poeta, y Osio, obispo de Córdoba, lucha con los arrianos en el griego de la Iglesia de Oriente. España da a la Iglesia de Roma aquella palabra *Filioque* que va a ser la distinción entre lo occidental y lo oriental. Así cumple España su misión de extremo del occidente, proa de Roma hacia el mar tenebroso del Oeste.

Con la lucha del Cristianismo por un nuevo orden, el Imperio temporal de Roma se derrumba. En la desorganización de un mundo, ya caduco, el esclavo se pone contra el señor, el campo contra la ciudad, el pagano contra el cristiano, el hereje contra el ortodoxo, Bizancio contra Roma, la Iglesia contra el Imperio. Y los bárbaros empujan a todas las puertas del mundo romano.

En esta gran catástrofe, Roma se derrumba, con todos sus monumentos y su grandeza, ya vacía. Pero en la Edad Media sigue proyectándose la sombra gigantesca del Imperio: Carlomagno y Bizancio, Dante y el Imperio germánico seguirán soñando con el Imperio de Roma, cuya sombra es aún la Cristiandad medieval.

Tal fué la grandeza de Roma, de la que España participó como cosa propia y a la que prestó su brazo y sus hijos, emperadores y soldados y filósofos. Porque España ha sabido acudir siempre a la llamada de lo Universal, del Imperio.

II

El sueño de un Imperio germánico: de Toulouse a Toledo

La catástrofe en que el mundo antiguo se hunde con el gran naufragio del siglo v, tiene tanto de desastre exterior, de llegada de bárbaros destructores, como de crisis interna, que mina el ser de la vida

antigua. Religión, orden social, Imperio, cultura, son categorías que fallan y se llevan el mundo antiguo en su caída.

Las minorías germánicas que se adjudican porciones del Imperio romano son demasiado insignificantes y demasiado poco cultas para crear por sí un Estado. España civilizada y cristiana, hispanorromana, queda dividida como un botín. Los suevos se hacen un reino bárbaro en Galicia, los vándalos dominan unos años en Andalucía, esa maravillosa Bética romana de Séneca y Trajano. Y los visigodos, los únicos bárbaros que llegan a España para soñar un Imperio, dominan al principio sobre Cataluña y sobre la Galia del sur y del centro, con Tolosa de Francia por capital.

Los godos — como ha subrayado en son de crítica Ortega — eran los más cultos, los más romanizados, entre los bárbaros. No son como los francos, conquistadores de Galia, unos germanos oscuros, que se lanzan desde sus bosques incógnitos sobre los campos cultivados del Imperio romano, sino una nación de larga historia de viajes, guerras y cultura. Son cristianos arrianos, tienen en su lengua la Biblia de Ulfilas, y como gentes que han estado largamente en contacto con Bizancio, saben demasiado de Imperios decadentes. Ortega lamenta que nos tocaran en suerte en España unos bárbaros tan poco bárbaros ya, tan civilizados.

Pero en realidad al ser de España no le convenía mayor predominio de unas gentes que todo lo cifran en la raza, que llegan a soñar en España un Imperio rubio, racista, nórdico. Un Imperio que tuvo su centro en Toledo, pero que no podía nunca llegar a ser español del todo.

Los visigodos intentaron en España un Estado racista. Creyeron que la manera de comenzar una aristocracia es conservar la sangre pura de mezclas. Y, como en todos los reinos germánicos, de Italia, de Africa, de Francia, la dualidad se implantó. Los germanos con sus leyes, los romanos con las suyas; pero nada de fusión, nada de matrimonios mixtos.

La historia de la monarquía visigoda no es más que la historia de la lucha de los germanos por conservarse, por no mezclar su sangre. Y esta historia es una serie de derrotas: tras la derrota cultural, inevitable, viene la derrota religiosa, cuando los germanos se hacen católicos romanos — Recaredo, III Concilio de Toledo, 587 —, y por fin

la derrota racial con la ley de matrimonios mixtos, con el Fuero Juzgo como ley única de germanos y romanos.

En su afán racista y germánico, los godos acuden, para conservar su aristocracia, al recurso de no mezclar su sangre, sin comprender que el secreto de toda aristocracia que no quiere degenerar es sólo la tensión y el nervio, la voluntad de mantenerse, la milicia, el conservar el primer puesto. He aquí la clave de la decadencia de los reinos germánicos en tierra romana, de la que sólo los bárbaros invasores de Francia se salvan, gracias a que las invasiones continúan y el ímpetu — en continuo jaque — no decae, sino que crece hasta llegar a levantar el Imperio de Carlomagno.

Pero los visigodos van con su racismo de derrota en derrota. En esta historia de vencimientos no pudo apoyarse ningún Imperio fuerte, y por eso no lo fué el visigótico, aunque plantado en Toledo y en el suelo de España. En el fondo, los germanos fueron siempre demasiado herejes, demasiado poco romanos, para fundar un Imperio en tierras romanas, como España. Esta es la clave del fracaso del Imperio visigodo español.

Que si tuvo días brillantes fué precisamente por lo poco germánico, por lo poco bárbaro, por lo demasiado culto. Por lo débil.

Isidoro de Sevilla simboliza mejor que nadie esta dimensión romana y católica, impropia — he aquí el secreto de la íntima debilidad — de un Imperio germánico. Isidoro debía proceder de una familia hispanoromana, quizá en relación inmediata con los bizantinos imperiales, que en sus días dominan en Cartagena, la ciudad natal. Su hermano mayor, Leandro, tiene un papel importante en el palacio real de Leovigildo, y más aún en el del príncipe católico Hermenegildo, en Sevilla, cuya sede arzobispal ocupó antes que su hermano Isidoro.

Leandro visitó Bizancio, la segunda Roma. En él, como en su hermano, vive todavía algo de la grandeza antigua, como en hombre que ha ensanchado su pecho bajo la cúpula de Santa Sofía. Pero es Isidoro quien va a transmitir a la Edad Media, como un Noé que construye un arca salvadora, todo un vasto arsenal de ciencia antigua, sus *Orígenes* o *Etimologías,* una de las grandes enciclopedias que ha recogido el espíritu humano. Historiador, teólogo, consejero de príncipes, este

barbado enciclopedista cierra con su gran libro un mundo y le da eternidad, salvándole para la Cristiandad medieval.

Los manuscritos se esparcen por toda Europa, y el doctor de Sevilla gana para España espacios universales, catolicidades de Imperio.

Porque el verdadero sentido imperial de la España goda lo dió este obispo, este doctor. Cuando, en León, Fernando I vuelve a levantar la bandera del Imperio español, exige al rey moro de Sevilla que como parias le entregue los huesos del sabio, que van a descansar en la gloria románica de San Isidoro de León.

El centro de la monarquía visigótica fué Toledo. Tolosa de Francia había sido la primera capital, pero el empuje de los francos desaloja de Galia a los visigodos, y su Estado se equilibra por fin como del todo español, con Toledo como centro.

Toledo se hace así la "ciudad imperial", muchos siglos antes de que yugos y flechas se colgasen de los muros de San Juan de los Reyes. Aquellos días visigodos dan a las piedras de Toledo su pátina más secreta, y son quizá el misterio más hondo de la ciudad que sólo a un pintor, el Greco, y a un poeta, Garcilaso, ha concedido su verbo difícil.

Toledo se hace así, para siempre, capital de la Iglesia española, y prepara, ya desde los reyes godos, sus solares para catedrales y alcázares, para mezquitas y sinagogas, sus fondos para cuadros del Greco. Toledo se siente encaramado sobre el río para la eternidad.

Sólo Toledo pudo coger a los bárbaros de Tolosa y hacer de ellos españoles. Sólo Toledo, el de los concilios, pudo hacer de estos germanos, católicos romanos. Sólo Toledo en sus concilios pudo hacerles olvidar el mito de la sangre nórdica y rubia y permitir los matrimonios germano-romanos.

Porque Toledo había nacido para ciudad imperial de España.

La historia de los godos tiene sin embargo algo de cosa truncada, no consolidada. Pertenecen a una primera oleada de bárbaros que no se afirmó en ninguna parte. Así fueron también de poco firmes los reinos ostrogodo de Italia y vándalo de Túnez. Si en España pudo durar algo más este reino bárbaro, fué quizá sólo porque no llegaron, hasta los árabes, nuevos enemigos. Y en realidad los visigodos, a partir de Recaredo, iban quedando anulado por la población hispano-romana.

En la paz casi continua, el Estado visigodo decae, sin guerras.

Desde Narbona, en Francia, hasta Ceuta en Africa, los reyes de Toledo viven tranquilos, olvidados de que perdieron media Francia y de que su sangre germánica se disuelve entre la mayoría hispano-romana.

Los días en que Teodoredo salía a combatir con Atila del brazo de los romanos van quedando lejanos. Recesvinto y Wamba tienen que dar leyes especiales para que los godos no rehuyan el servicio militar. En estos días sin milicia el reino visigodo se hunde, minado en su sustancia guerrera.

Porque de las dos aristocracias que viven en el reino godo, la germánica — guerrera — no tiene nada que hacer ya, la romana — culta — domina demasiado, con la Iglesia y el latín por armas pacíficas. En trescientos años estas armas pacíficas han puesto el yugo a los bravos germanos, que acabaron por hacerse pacifistas, por dormirse en la inacción.

Por eso el reino visigodo no llegó a ser un Imperio. Se quedó en un sueño de Imperio, sueño que va a tomar consistencia poco a poco en los rudos reinos del norte, reinos con milicia, con enemigos, en Asturias, en León, en Navarra.

III

El delirio de un Imperio oriental: Córdoba

En 711 llega, violentamente, el Islám a España. La religión del Islám, de la sumisión a la fe del Dios único y ardiente del desierto, nos llega en las espadas de unos millares — pocos — de africanos cabileños y de unos centenares — también pocos — de árabes puros. La llegada de estos grupos que, una tras otra, van sometiendo las ciudades españolas — Sevilla, Córdoba y Mérida, Toledo, Barcelona —, no suprime la población española. Y elimina de ella a muy pocos — aunque estos pocos importantes —. La invasión de los árabes — hay que repetirlo — no es una catástrofe material en casi ningún sitio: las ciudades se rinden sin resistencia y el invasor no es, por de pronto, intolerante. Religión, leyes, orden social y economía sufren poco. En apariencia. Porque la catástrofe es — sólo — espiritual, y, por tanto, enor-

me: al español, al hombre español, se le había quitado todo motivo de dominio de sí y de disciplina, pues que se le había quitado nada menos que el Estado. El Estado ya no era suyo. España iba a tener un Estado no español.

Y ¡qué Estado! Un Estado informado por un Dios enorme y amorfo, sin Trinidad, sin Humanidad; un Dios semita y lejano, Allah, con Mahoma por profeta. En este Estado habría califas — capricho despótico del soberano —, harenes — madres tratadas indignamente —, raza dominadora — extranjeros sobre españoles —.

A España se le ofrecía este narcótico de hundirse en el misticismo del Dios único del desierto.

Parecía que el hombre español no iba a resistir la prueba. Tras de una monarquía decaída y que ya no tenía futuro que ofrecer, se le presentaron todas las tentaciones de una vida sin milicia, pacífica bajo formas de vida extranjeras, sin aristocracia y sin nervio.

Al siglo, al siglo y medio de tentación, los olvidos de los obispos Elipando y Hostígesis — herejes por ignorancia ¡en la tierra de San Isidoro! — prueban los desastrosos efectos de esta adormilada vida para el español, cuyo sueño sólo era turbado entonces por las luchas civiles entre sus dominadores árabes y africanos, o por la guerrilla heroica e inútil de un Ben Hafsun, sólo a medias cristiano. Y a los ciento cincuenta años de dominación, Elogio y Alvaro nos enseñan que el español había olvidado todo contacto con sus raíces occidentales, que los libros litúrgicos se habían tenido que traducir al árabe, porque en latín ningún cristiano era capaz de entenderlos.

Eulogio de Córdoba intenta heroicamente salvar al español — cristiano andaluz — de este delirio oriental del paraíso con huríes. Pero fracasa.

El sentido de las persecuciones de Abderramán II y Mohamed I — que hacen de Eulogio un mártir y consiguen descristianizar Andalucía — es incorporar por fin al español a la civilización oriental, adherir al mundo islámico a los españoles del Andalus. Pero este triunfo es tardío: cuando los españoles del sur reniegan — reniegan aunque para producir la maravilla del Imperio oriental de Córdoba —, ya Asturias y Navarra, Castilla y León y Cataluña se van irguiendo para la reconquista, para dar por fin a España su ser uno y libre.

Pero reclamamos también como nuestra la gloria del Califato musulmán de Córdoba. Todavía la Córdoba actual, callada, junto a su río, con los muros dorados de su mezquita, sus praderas donde pacen potros, sus estrechas calles andaluzas, blancas y con rejas, sus colinas oscuras en que los hundidos palacios de Medina Azzahra fueron como una flor de almendro sobre el pecho de una esclava negra de harén, es una de las más españolas entre las ciudades. Con el españolismo de haber sido madre de Séneca, el filósofo pagano, de Averroes, el filósofo musulmán, y de Maimónides, el filósofo judío. Y de don Luis de Góngora, artífice máximo de nuestro verso.

Toda esta grandeza cabe pensar a la sombra de San Rafael, esbelto sobre su columna, junto a la mezquita, asomado al río Guadalquivir. — Hoy Córdoba es una ciudad callada y honda. En ella alentó antaño el Califato.

El Califato cordobés ha sido no *el* momento, pero sí uno de nuestros grandes momentos universales, imperiales. En Córdoba tuvo su centro un Imperio español, que a no haber tenido una entraña falsa — no española — pudiera haber sido — ya — nuestra fórmula definitiva.

Porque en la cultura árabe de Andalucía hubo mucho de español. Mejor dicho: fué una cultura española bajo formas extrañas. Y naturalmente, en cuanto genuina española, una cultura imperial, expansiva. Como ha demostrado el arqueólogo Gómez-Moreno — y esta historia de formas es síntoma de la verdadera historia de valores —, elementos de arquitectura típicamente españoles desde sus primeras apariciones en Mérida, en León, ya en los tiempos romanos — arco de herradura, modillones, dovelas polícromas, constitución del aparejo — se extiende desde España hasta Túnez, hasta Egipto. Marruecos se mueve ya para siempre dentro de la órbita arábigo-española. La dinastía omeya nos llega por un camino ya muy trillado de idas y venidas, que desde Córdoba hasta Bagdad y Damasco van dejando trozos del alma española por todo el norte de Africa. El Andalus, como Siria, como Egipto, es una tierra ya vieja en la civilización, y su voz es de las más brillantes en el mundo musulmán. Bajo el Califato cordobés, los libros compuestos en Persia y en Siria eran a menudo conocidos en España antes que en Oriente. Y España, por su parte, da al Islám poetas y sabios. Córdoba le regala nada menos que su mayor filósofo,

Averroes, el extraordinario comentarista de Aristóteles, el racionalista hereje que va a jugar el papel de Anticristo para la Escolástica europea, en un radio universal, imperial.

Andalucía debió llegar a vivir casi satisfecha durante algunos siglos, en que el Islám se hispanizó y en que los andaluces se islamizaron. Sólo la barbarie africana de los almorávides debió hacerla sentir duramente la esclavitud de lo no español que el Islám representaba. En estos momentos, a toda España le

canta la cadena
su duro cantar,

como a aquel fino rey sevillano Almotamid, que — cautivo de los fanáticos marroquíes — fué a morir de camellero en Africa.

Pero desde la hispanización del Islám, sobre todo durante el siglo x, ¡qué maravilloso sueño poblado de ecos de guzlas, de huríes y de música de surtidores, de sombras de cipreses, sauces y arrayanes, de susurros de brisas orientales, debió soñarse en Andalucía! — ¡Duro despertar el que los tambores almorávides trajeron!

En este momento, España logró uno de sus instantes imperiales, meridianos, claros y fuertes. En el siglo x, embajadores de Bizancio y de Otón de Alemania vienen y contemplan admirados los esplendores y los refinamientos de la corte de Córdoba, del califato occidental, que conserva la tradición brillante y abierta de los Omeyas de Damasco, frente a los heréticos Abasidas de Bagdad, que cada vez se sumen más en lo oriental, en lo oscuro de sus banderas negras, asesinas de la raza omeya con la excepción del joven Abderramán III, el fundador del Califato de España.

Alháquem II, casi como un Carlos V, pudo sentirse desde su Córdoba emperador español.

Pero el español, mediatizado, sometido a una cultura, a una religión extranjera, no supo mantener la tensión y el nervio imperial en su vida. Tras el enorme último esfuerzo de Almanzor para reconstruir España una bajo la media luna del cielo de Córdoba y para eliminar la España cristiana del Norte, todo el Imperio cordobés, se viene abajo. La idea y la tensión de Imperio se borran en el Andalus. Córdoba, Málaga, Zaragoza, Sevilla, Toledo, Badajoz, Valencia, Mallor-

ca, Murcia, se sienten solas en el mundo, flechas sueltas del haz que había llegado a ser el Imperio cordobés. Que se deshace en taifas, en cantones, en Estatutos.

Aún le reconstruirán transitoriamente los africanos — almorávides, almohades — con el puro fanatismo del Dios del desierto como lazo. Pero España musulmana ha perdido su unidad de destino, su conciencia de Imperio, su razón de ser una.

Los años que siguen hasta el de 1492 son en Andalucía de retroceso, de agonía, de refinamento y decadentismo. Los jardines de Granada saben mucho de la tristeza de estos últimos reyes moros que se encierran en patios de castillos, en maravillosos jardines, en rumores de fuentes, en romanticismos de favoritas. Si, en Córdoba, la mezquita es algo imperial, invencible, sólido, en Granada, la Alhambra tiene un ser pálido, de yeserías, vencido por el palacio del César Carlos V.

Granada es el ejemplo de lo que le pasa a España en cuanto deja de ser Imperio y se pone a suspirar; es la lección de actividad y voluntad enérgica que necesitamos. Este es el secreto silencioso que Granada guarda en las torres de la Alhambra, sus patios quietos, sus fuentes decadentes, sus alicatados de yeso, sus intrigas novelescas, sus simpatías románticas.

A Granada sólo la salvaron los Reyes Católicos, que volvieron a llenarla del verdadero sentido imperial español con los yugos y flechas de la Capilla Real. Y con dejar allí, en la tierra de su mejor conquista, sus huesos.

El triunfo de Fernando e Isabel sobre el decadentismo granadino remató la base del verdadero Imperio español con la eliminación de una belleza decadente, último eco de un Imperio español falso, que estuvo a punto de adormecernos para siempre en la sumisión a la fe del Dios enorme del desierto. La voluntad sobria y fuerte de Castilla y Aragón acabó para siempre con el delirio de un Imperio oriental en España.

IV

El Primer Imperio Español

Los Imperios necesitan para fundarse el recuerdo de viejos días de gloria. Al Imperio español, que no había podido encontrarse a sí mismo del todo ni bajo el señorío germánico ni bajo la media luna del desierto, le sirvió de fundamento la gloria toledana de los godos.

La aristocracia goda es la que huye derrotada por los árabes — los demás españoles debieron quedarse bajo las leyes del Islám — y la que organiza la resistencia y el empuje de los reinos cristianos del Norte. Que si siempre pensaron en su prosapia goda, se ungieron de la idea imperial de Unidad de España en cuanto salieron de las montañas y comenzaron a galopar por las llanuras de León y Castilla.

En Sancho el Mayor de Navarra (999-1035) alienta ya la idea del Imperio español, cuando construye iglesias en Cataluña y en Palencia y cuando se casa con la condesa heredera de Castilla. Sancho el Mayor es en los diplomas el *Rex totius Hispaniae,* el Rey de toda España, título que a veces ha pasado ya por los sueños del León nuclear del siglo x.

La obra empezada por Asturias va así logrando su plenitud, desde este amanecer de España. En Navarra, con Sancho el Mayor comienza su movimiento pendular la idea del Imperio español, que después de pasar por León va unos siglos después a fijarse para siempre en ese centro de España que es Castilla.

León, en su campo abierto con horizontes de chopos y de lejanas montañas de nieve, es un campamento llamado desde su fundación — "Legión VII" del Imperio de Roma — a las tareas duras y militares del Imperio. Se respira en León el aire puro de las montañas con la anchura ya de la meseta. Ordoño II fundaba su palacio para guardarle el sitio de honor en el campamento militar que es León a la futura catedral de luz encristalada.

A León le llega su hora románica de San Isidoro y de Fernando I y con ella a España su juvenil primer Imperio.

Todos los Imperios medievales tienen un sentido gibelino, antirro-

mano, frente a los Papas, que meditan por su parte un Imperio universal. Esta es la razón de los denuestos del gibelino Dante contra el Pontificado. Y esta es también la razón del Imperio leonés, que la Roma ambiciosa de Gregorio VII procurará primero conquistar con una cruzada, luego desarticular recibiendo feudos de Portugal y de Aragón, que compran con dinero dado al Papa el poder de romper los lazos imperiales con que León y Castilla quieren hacer una a España.

En el Imperio leonés vienen a fundirse para siempre todos los países hispánicos del Noroeste: Asturias, que ha sabido dar aliento a la Reconquista y lanzarla desde sus montañas defensoras hasta la meseta, en que la defensa es ya sólo el pecho; Cantabria — las otras Asturias, las de Santillana —, que sabe sacar de su paisaje campesino, con música de carros de bueyes, una dinastía guerrera que entronca con la asturiana; Galicia, verde de montañas y mares, sepulcro del Apóstol hispano cuyo nombre llama a los peregrinos del mundo y levanta la ciudad maravillosa de Santiago, jardín de piedra bajo la lluvia mansa, catedral románica de proporciones imperiales — *¡Santiago y cierra, España!* —; León, que es ahora el centro, y Castilla, que lo será más adelante, y que ya empieza por imponer su lengua, nacida donde

Amaya era cabeza y Fitero mojón

en aquel norte burgalés de fondo vasco y fortaleza castellana, ríos verde oscuro y cielo encapotado. Esa dulce y pobre Castilla la Vieja, la primera Castilla, en la que Burgos serenamente alza sus torres y guarda sus estandartes de capital de Castilla, de capital gótica y germánica, de burgo guerrero donde el Cid engaña a los judíos Raquel y Vidas y les deja lleno de arena el cofre de los tesoros. Así es todavía Burgos, entre sus frescos paseos de árboles.

Su impulso le viene a Castilla de esos valles del alto Ebro, hacia Medina de Pomar, valles austeros y ambiciosos, merindades campesinas.

En el Imperio leonés, Castilla, antes separatista y rebelde, y León, lleno de jerarquía, se funden en la Unidad bajo un rey navarro, Fernando I, el hijo primogénito de Sancho el Mayor.

León y Castilla, ya hermanados, se lanzan imperialmente sobre

toda la España musulmana. Portugal se ve libre hasta Viseo. Los reyes moros de Badajoz, de Sevilla, de Toledo, pagan sus parias al Emperador leonés. Valencia misma estuvo amenazada. Por un momento, el genio imperial de León parece que va a conseguir España una. Es el momento del arte imperial de los marfiles leoneses, modelo de arquitecturas románicas.

No cabe duda que España se sintió impresionada mucho tiempo por este alba de su Imperio. El *Poema juglaresco del Cid,* cuatrocientos años después, siente todavía que el comienzo del Imperio español fué con este Fernando I de León. Así nace la nación española. Frente al Papa, que quiere hacer de España una parte del patrimonio de San Pedro cedido a la Sede de Roma por el Emperador Constantino, o un país sobre el que la Cruzada ha ido creando derechos supremos del Pontífice en tierra ganada al infiel, frente al Emperador de Alemania, que reclama también un Imperio temporal sobre toda la Cristiandad, frente al Rey de Francia, que es el "hijo primogénito" del Papa de Roma, Castilla moviliza en la poesía, imperialmente, a su héroe máximo, el Cid, para defender el Imperio leonés, aurora del Imperio español. Y el romancero cantar con un fuerte y estrecho nacionalismo:

La villa del buen Sant Pedro Víctor Papa la tenía,
y el Emperador Enrique ante él se humilló y decía:
"Ante vos, el Padre Santo, mi querella proponía
contra aquese rey Fernando que a Castilla y León tenía,
porque todos los cristianos por señor me obedecían,
sólo él no me conoce ni mi tributo me envía:
Constreñidle, Santo Padre, que me obedezca este día".
El Papa envió su mandado en que pedido le había
que le fuese tributario, so pena que enviaría
y daría su cruzada porque no le obedecía.
Muchos reyes que allí estaban que en Concilio presidían,
retaban al rey Fernando si cumplirlo no quería.
El Rey, cuando vió las cartas, pena recibido había
... A los sus honrados homes su consejo les pedía;
ellos al Rey aconsejan faga lo que le pedían,
porque de ser obediente al Papa le convenía,

y si facerlo no quiere a sus reinos mal vendría.
... Estando fablando en esto D. Rodrigo entrado había;
el Rey cuando vido al Cid lo que ha pasado decía,
y rogólo le aconseje lo que sobre esto haría.
El Cid cuando tal oyó el corazón le dolía;
fabló su razón al Rey, desta manera decía:
"Rey Fernando, vos nacisteis en Castilla en fuerte día
si en vuestro tiempo ha de ser a tributos sometida.
... Enviad vuestro mensaje al Papa y a su valía,
y a todos desafiad de vuesa parte y la mía.
Pues Castilla se ganó por los reyes que ende había,
ninguno les ayudó de moros a la conquista:
mucha sangre les costó, la vida me costaría
antes que pagar tributo, pues a nadie se debía"....

Y el mismo espíritu poético habla nacionalmente por la boca de otro romance:

A concilio dentro en Roma el Padre Santo ha llamado.
Por obedecer al Papa, este noble rey Fernando
para Roma fué derecho, con el Cid acompañado.
Por sus jornadas contadas en Roma se han apeado:
el Rey con gran cortesía al Papa besó la mano,
y el Cid y sus caballeros, cada cual de grado en grado.
En la iglesia de San Pedro D. Rodrigo había entrado,
do vido las siete sillas de siete reyes cristianos,
y vió la del Rey de Francia junto a la del Padre Santo,
y la del Rey su señor un estado más abajo.
Fuése a la del Rey de Francia, con el pie la ha derribado;
la silla era de marfil, hecho la ha cuatro pedazos,
y tomó la de su Rey y subióla en lo más alto.
Habló allí un honrado duque que dicen el Saboyano:
"Maldito seas, Rodrigo, del Papa descomulgado,
porque deshonraste un rey, el mejor y más preciado".
Oyendo el Cid sus razones, desta manera ha fablado:
"Dejemos los Reyes, Duque, y si os sentís agraviado
hayámoslo entre los dos, de mí a vos sea demandado".

Allegóse cabe el Duque, un gran bofetón le ha dado.
El Duque le respondió: "Demándetelo el diablo".
El Papa cuando lo supo al Cid ha descomulgado;
sabiéndolo el de Vivar, ante el Papa se ha postrado:
"Absolvedme—dijo—, Papa, si no, seráos mal contado".

"La poesía es más verdadera que la misma historia", ha dicho el Filósofo. Esta poesía, que no es verdad histórica, encierra la verdad profunda del Imperio leonés.

Que en los días de Fernando I representó una vida típica española, sin influencias europeas, con culto mozárabe — toledano — y escritura visigótica, sin feudalismo francés ni frailes cluniacenses traspirenaicos. Esta vida ruda y española va a sufrir en su sér bajo la revolución afrancesada representada por el hijo de Fernando I que había nacido con vocación de Imperio, Alfonso VI, otro de los grandes reyes del Primer Imperio Español.

Que Alfonso VI tenía vocación imperial nos lo prueba su empresa máxima, la conquista de Toledo, centro de España (1085).

Con este hecho, la herencia visigoda tiene ya su cabeza, y también la Iglesia española. Pero Alfonso VI es un europeísta, y el primer arzobispo primado de España es un francés, un monje cluniacense, el arzobispo don Bernardo.

Lo peor de Alfonso VI no era este europeísmo, sino un negro rencor, que le apartó del Cid. ¡Del Cid, que era en tierra de moros, en Valencia, el mejor brazo del Imperio! ¡Del Cid, de quien los castellanos tenían que exclamar al verle pasar por delante de ellos:

Dios, qué buen vasallo si hubiese buen señor!

Por todo esto no se afirma ya desde entonces un Imperio español. El Primer Imperio — sobre el cual nuestra ciencia ha dado un libro imperial, *La España del Cid,* de Menéndez Pidal — no pasa de ser un ensayo: España se prueba en los siglos XI y XII para las grandes empresas de más tarde. Pero no pudo sostenerse este Imperio, demasiado nacionalista, demasiado poco romano, que venía a romper la jerarquía única de la Cristiandad: el sol el Papa con el poder espiritual, la luna el Emperador alemán con el temporal.

Entre Alfonso VI y el momento de mayor conciencia del Primer

Imperio Español — Alfonso VII —, hay un extraño paréntesis aragonés, testimonio de que Aragón siente también ansias imperiales. Cuando Alfonso I de Aragón se casa con Urraca de Castilla, sólo por un momento pudo parecer la unión preludio de Unidad.

Para la Unidad es aún demasiado pronto. Galicia, León, Castilla, se oponen a toda intervención del batallador rey aragonés, conquistador de Zaragoza y que traía como patrimonio Navarra y Cataluña con el Sur de Francia, toda una historia mediterránea y pirenaica que completase la de Castilla y León. Pero que también traía un orgullo inaguantable.

A la unidad aragonesa de Alfonso I no le había llegado la hora. Y es entonces cuando la coronación de Alfonso VII en León (1135) viene a decirle a España que su unidad existe, que su unidad es imperial. Incluso los musulmanes se rinden a esta idea de Imperio. A la coronación asisten el rey de Navarra, los condes de Barcelona y Tolosa y otros de Gascuña y Francia, y también el caudillo musulmán Zafadola, último descendiente de la dinastía hispano-árabe de los Beni Hud.

Portugal sólo conserva este débil lazo de un Imperio poco sólido. Portugal compra a Roma su independencia de España. Pero no sin vivir antes los días de Alfonso VII, el Emperador de las tres religiones, el señor del Toledo sabio de la Escuela de traductores, donde la ciencia antigua pasa, a través de árabes y judíos, a la Cristiandad medieval. Esta es la dimensión imperial, universal, de la España de Alfonso VII, del arzobispo de Toledo y canciller de Castilla Don Raimundo y del arcediano Domingo González (Dominicus Gundisalvi), traductor de ciencia árabe.

En este Toledo imperial es donde se fraguan las ideas de Europa con las que se explicará la *Summa Theologica* de Tomás de Aquino — Aristóteles pasado del árabe al latín en Toledo —, y la *Divina Comedia* de Dante — véanse los trabajos de nuestro sabio Asín acerca de las doctrinas árabes sobre el mundo de ultratumba —.

La debilidad de este Imperio en lucha difícil con el Islám estaba en lo poco consistente del lazo feudal que unía los distintos reinos de España. De haber seguido existiendo, el Imperio de Toledo hubiera sido algo tan poco trabado como el Imperio Germánico. Porque el lazo

feudal era extraño entre nosotros y no podía servir para atar el haz del Imperio nuestro.

Bastante más sabía de imperios el Cid, cuando, en busca de la Unidad de España, se adentraba en país del Islám, en el rico Levante, y derrotaba al conde de Barcelona, para hacerle sentir, más que con ceremonias de coronación, dónde estaba el centro del Imperio español.

Después de Alfonso VII, la idea del Imperio se pierde en España casi del todo. Todavía en 1212, para la batalla de las Navas de Tolosa, el rey de Castilla tiene a su alredededor al rey de Navarra, al de Aragón y al de Portugal. Pero León ha tomado momentáneamente una actitud separatista, hostil. Y no nos consta que en esa separación de los reinos de España tuviese sentido imperial.

Inexplicablemente se extingue este Primer Imperio español, que de un modo algo prematuro quiso conseguir la Unidad. España fué así el primer país de Europa que, frente al teórico Imperio Germánico, heredero por Carlomagno de la Roma Imperial, y frente a las ambiciones de la Roma güelfa de los Papas, codiciosa de poder temporal, supo levantar la bandera de otro Imperio español. Francia, cuando más tarde emprende también su lucha con el Pontificado y el Imperio, no sabe hacer otra cosa que crear un nacionalismo, el de Felipe IV y sus legistas. Y un nacionalismo es mucho más estrecho que un Imperio.

España se preparaba ya para sus empresas universales con la idea amplia de un Imperio español. El sentido de nuestra Edad Media se lo da este sueño de Imperio castellano-leonés, el Cid, que domina sobre los árabes y gana Valencia, la idea de que España — Imperio — se opone al Imperio universal de Europa.

Con este primer Imperio, Aragón salió fortalecido para hacerse cargo de Sicilia y de Nápoles, la herencia gibelina del imperio germánico en Italia; Castilla, preparada para hacer frente a destinos universales, Portugal ya no se podría desprender del todo de su pasado como reina del imperio de Castilla. Este primer Imperio era el gran ensayo para un Imperio acabado.

Mas para que éste llegara, habían de pasar unos siglos de olvidos y de crisis. La caótica Baja Edad Media comienza.

El siglo XIII es mirado como la cumbre de la Edad Media. Pero lo es sólo con una determinada manera de ver. Si para la Roma pon-

tifical es el siglo de Inocencio III y de la Teología de Santo Tomás, para los Imperios de Europa — para el Sacro Imperio Germánico, para España — es un siglo de humillación. El Impero alemán llega casi a extinguirse — de aquí las tristezas del gibelino Dante —; el Imperio leonés, nuestro Primer Imperio, queda olvidado. Pedro II de Aragón, Alfonso Enríquez de Portugal, acuden al Papa en busca de libertad contra Castilla.

Tan olvidado queda nuestro Imperio español, que Alfonso X, el hijo de San Fernando y de Beatriz de Suabia, sueña con ser emperador del único Imperio universal, el Romano-germánico.

Pero Alfonso X sueña — además de un Imperio en Alemania, un Imperio romano de la casa de Suabia — un código imperial, unas *Siete Partidas* de leyes, un derecho universal, romano, frente al otro derecho universal, canónico; Alfonso X, escribe historias generales y enciclopedias científicas, y, como el Emperador Alfonso VII, reúne en torno los sabios de las tres religiones — cristianos, judíos y moros —, en una Castilla de dimensiones imperiales.

Y aun sin la idea de aquel Imperio leonés románico — cuya más imperial expresión es la catedral de Santiago de Compostela —, Castilla continúa su conquista, en lucha por la Unidad de España. Córdoba y Sevilla, las capitales del Andalus, encuentran para siempre su destino bajo los estandartes de San Fernando, desviadas ya del delirio holgazán del Oriente. Sólo Granada va a quedar como refugio del cuento oriental de los musulmanes españoles, para que, aún por dos siglos, se paseen reyes moros

desde la puerta de Elvira
hasta la de Bivarrambla.

En el mismo sentido imperialista inconsciente de toda la baja Edad Media española — decimos inconsciente porque la idea de Unidad no se señala en estos tres siglos (XIII-XV) muy precisa — está la expansión mediterránea de Aragón.

Aragón y Cataluña, unidos fuertemente de una vez para siempre con un matrimonio, se lanzan juntos bajo Jaime el Conquistador sobre Valencia y sobre Mallorca, para formar la Corona de Aragón. Que va

a tomar sobre sí la tradición gibelina y antifrancesa y a llegar de este modo a señora del Mediterráneo.

Cuando la Sicilia gibelina heredera del Imperio de los Staufen se echa en brazos del rey de Aragón, Aragón toma ya un camino que va a ser el de España; Roger de Lauria sueña que todos los peces del Mediterráneo vayan pintados con las barras de Aragón; estas barras — sangre del primer conde catalán sobre el oro de su escudo limpio de caballero novel — merecerán ser la bandera de España.

Sicilia, Nápoles, Atenas, son el botín de Aragón en el Mediterráneo, el cebo de codicia para

l'avara povertá dei Catalani

(la avara pobreza de los catalanes)

que dice el verso de Dante.

Esta plural corona de Aragón, que no tiene un centro, sino cuatro, porque Zaragoza, la capital aragonesa, demasiado lejos del mar, está fieramente arraigada en las recias estepas del Ebro, Barcelona es centro de una gran Cataluña imperialista, que se mete en Francia hasta el Ródano y que extiende su lengua por casi toda la Corona de Aragón, Valencia tiene una vida activa de comercio y espíritu — Ausias March y la Lonja, pinturas y campos de huerta —, Mallorca es una tierra de leyenda y maravilla — Bellver vigila mares azules, Raimundo Lulio rima en su catalán toda la sabiduría vieja y mística del Oriente —. En estas cuatro capitales construye Aragón sus catedrales góticas.

Esta es la Corona de Aragón, fuerte en almogávares y en galeras, señora del mar, triunfadora en Nápoles, en Sicilia, en Cerdeña. Allá lejos, en la tierra del Imperio de Oriente, en las fronteras de los turcos, luchan fieros aventureros catalanes, en el caos del Oriente latino y franco. Barras de Aragón todavía hoy en Rodas, en el sepulcro del maestre Juan Fernández de Heredia, escritor de gestas aragonesas en Oriente, como Muntaner lo había sido de hazañas catalanas.

Por Aragón, el Imperio español heredará al nunca logrado Imperio Romano-germánico en Italia y llegará a conseguir una Unidad italiana. Por Aragón el rey de España se tituló Duque de Atenas y Rey de Jerusalén, con esos títulos fantásticos de dominación sobre la capital de la cultura griega y sobre la capital del mundo religioso cristiano.

Por Aragón, que supo imperialmente levantarse contra Francia siempre que Francia pretendió dominios en el Mediterráneo, y que supo dominar sobre su mar y hacer de la corte de Nápoles un centro de vida del espíritu italiano del Renacimiento. Aragón dejó aquel pórtico del Renacimiento que es el Arco de Triunfo de Alfonso V en Nápoles.

Tales son las dimensiones imperiales de la España dividida del cuatrocientos. Mientras Aragón pone los cimientos del Imperio español en Italia, Portugal se va ensayando para sus grandes empresas: Don Enrique el Navegante se instala en el extremo de Portugal, proa al Atlántico, en busca del fin de Africa, rumbo a la India española.

En 1434 se descubren las islas Azores, en 1435 las de Cabo Verde. Nuño Tristán dobla en 1441 el cabo Blanco, Dionisio Díaz llega en 1445 al Cabo Verde.

En 1462 llega Pedro de Cintra a Sierra Leona, en 1483 Fernando Póo descubre su isla, en 1484 Diego Cao el río Congo, en 1486 Bartolomé Díaz el Cabo de Buena Esperanza.

En 1498 llega Vasco de Gama a la India, a la costa de Malabar. Portugal ha plantado los *padrones* con sus quinas por toda la costa de Africa.

Nuno Gonçalves pinta para eternidades en su tríptico de Lisboa la gloria de Portugal.

Castilla, en crisis, todavía se ensaya para empresas imperiales y conquista, mar adentro, las Canarias. La solución del compromiso de Caspe pone una dinastía castellana en el trono de Aragón. Pero la Unidad ha sufrido, con Castilla, un rudo golpe en Aljubarrota (1385), blasón del orgullo portugués.

Todo este desorden lleno de vitalidad son las vísperas del destino imperial.

V

El destino Imperial

Y llega el momento en que Europa tiene que aclarar la crisis turbia del otoño de la Edad Media. La vitalidad oscura y férvida de los países de Occidente busca fórmulas claras. Los feudalismos confusos ceden

el paso a Monarquías unitarias y precisas, las lenguas vulgares buscan expresividad y exactitud, los grandes países de Europa quieren contornos seguros. España, Portugal, Francia, Inglaterra. Italia — hasta el desastre de la invasión francesa de Carlos VIII — cree haber hallado en la división su libertad para siempre. Alemania todavía va a sufrir crisis largas y difíciles.

Aires de Renacimiento, juvenil e inmaduro, corren por las cortes de Europa. Los últimos caballeros andantes alcanzan a leer libros de caballerías en letras de molde.

De la España anárquica y vital del cuatrocientos — luchas de Don Alvaro de Luna, de Juan II de Aragón — surge de repente la unidad, y la disciplina. Y el Imperio. El yugo y las flechas del matrimonio de Fernando e Isabel no significan sólo una unión. Castilla y Aragón sintieron que era algo más que unión personal y dinástica, que lo que llegaba era nada menos que la Unidad y el Imperio. Disciplina, tensión, gravedad ante la hora nueva. Orgullo de lo que había que hacer, de lo que era preciso afrontar para asombrar a Europa. Orgullo del servicio y de la disciplina. Lanzarse sobre Europa y sobre el mundo, con el además grave del deber, y con la dignidad del que hace algo no frívolo, sino muy serio.

España va a comenzar su lucha por la hegemonía en Europa bajo el signo cultural italiano. El dominio de España sobre Europa va a ser al principio un dominio italo-español, renacentista. España, hasta cierto punto discípula de Italia, lucha para defender en el mundo la romanidad.

Italia es para España el contacto genial, creador, revelador. Lo fué ya cuando Italia se llamó Roma y era un Imperio, el Imperio; lo volvió a ser cuando Italia, dividida e hirviente, regaló al mundo el Renacimiento. Ariosto y Petrarca, pinturas y cúpulas, cortes y pastorales, latín resucitado y vida fogosa. La España desorganizada del siglo xv encuentra en Italia — suya — norma y camino. Boscán y Garcilaso aprenden a rimar endecasílabos, Pedro de Berruguete, de repente, pone a sus santos góticos fondos arquitectónicos, mediospuntos exactos. Antonio de Nebrija, al formular la Gramática castellana, descubre aquella verdad de que a la lengua sigue el Imperio.

Vienen los días claros del Imperio español en Italia: Pavía; Juan

de Valdés pone en Nápoles cátedra de herejía y de delicadezas—¡amor platónico por la divina Julia Gonzaga, la codiciada del Gran Turco!—; Nápoles, que en los días del Virrey Don Pedro Alvarez de Toledo, Duque de Alba, se pone a esperar a su pintor, Ribera, que va a pintar el verdadero Nápoles azul a los pies del San Jenaro en el cuadro que hay en Salamanca.

Todo esto después que Gonzalo de Córdoba hace un milagro castellano y quita a Italia el yugo francés.

Roma sigue, casi sin parar, su vida frívola y pagana, sin seriedad, sin Imperio. Miguel Angel y Rafael. Bembo; Aretino. Y Cellini. España le da una llamada al orden, un manotazo cesáreo con el asalto y saco de 1527, por los días en que nace, en Valladolid, Felipe II.

Esta es la Italia que con Maquiavelo odia a España, para adorarla en Fernando el Católico, león y zorro, y rendirse a ella en la coronación de Carlos V en Bolonia en 1529.

España aprende mucho de Italia, pero la da lecciones de cortesía y de Imperio. La Italia frívola de los Médicis, Visconti y Anjou tiene que aprender a vestirse de negro, a la española, a hacerse rigurosa, a sufrir más tarde la cuaresma intelectual de la Contrarreforma.

Para el Imperio español, también Germania dió lo suyo. Que la lengua nativa de Carlos V fué el flamenco. Y también llegó el César a España (1517) sin entender al castellano Cisneros y acompañado de orgullosos señores de Flandes. Pero ya Castilla estaba abierta a todo lo nórdico, como hoy aún nos demuestran nuestros museos y nuestras iglesias, con sus Van der Weyden y sus retablos de madera, sus Metsys y las aureolas de oro en sus trípticos, como nos prueban nuestros santos de palo, venidos de Borgoña, como Juni. Y antes la arquitectura gótica había preparado los ánimos para todo lo nórdico. Como después, todavía, Santa Teresa y los demás místicos fueron a beber en la mística alemana y holandesa.

Porque fué destino de España comprender y sentir a la vez lo mediterráneo y lo atlántico, la mística vaga del norte y la teología precisa del sur, Italia y Germania.

Aquí está la clave de que el Emperador Carlos V, un germano, pudiera convertirse en español, de que no se escandalizase de España, como otro germano, Lutero, se escandalizó de Roma.

La España Imperial de 1500 tenía un aire contenido y austero que, ni aun en los peores días, podía dejarla pasar a ser como la Babilonia romana.

Esta la España de 1500, la España que ha sabido terminar con el ocaso musulmán de Granada y que ha logrado suprimir el problema judío.

Para un sentido como el español, en que la raza no lo es todo, el problema semita pierde virulencia y no resulta algo fatal y de sangre. El judío era peligroso como representante de una religión — de una cultura — radicalmente distinta, antieuropea, antinacional, anticristiana. Bastaba con que el judío abandonase esta base religiosa para que en unos años o en unos siglos — la cosa era sólo cuestión de generaciones y de tiempo —, quedase asimilado y confundido. (¿Qué valor iba a tener para nosotros el concepto de "pureza de raza", para nosotros, que contamos con todas en el mundo hispánico?).

De la sinceridad de esta cristianización — de esta hispanización — se encargaba la Inquisición con su vigilancia, que sólo con esto, tiene su justificación en la España imperial del siglo XVI. La unidad de dogma significaba entonces la defensa contra esa virulencia disolvente que el judío significa en todas las culturas a que se adhiere.

O también el estar en guardia contra esa peligrosa inyección de espíritu nórdico que era el Protestantismo, que arrastra a Europa a la división irreparable entre el norte y el sur, lo germánico y lo latino.

España hace el máximo esfuerzo por conservar esta unidad: contra la Roma viciosa que hace justas las protestas luteranas que piden Reforma, España tiene el gesto del saqueo de Roma y tiene luego la dirección de la Contrarreforma; contra el Protestantismo que deshace el Imperio, España tiene sus soldados de Mühlberg.

Y contra Francia, que en un nacionalismo egoísta se alía contra Europa con los turcos, España se lanza a la carrera triunfal que va de Pavía a San Quintín.

La conciencia de unidad de Europa — empezada ya a sentir bajo el yugo y las flechas de los Reyes Católicos — gana claridad cuando, con Carlos V, se sobrepone al Imperio español — aquel Imperio español nacional que había tenido en el siglo XI una aurora románica — el Imperio único, el Imperio de Europa, el Imperio Romano Germánico.

España recibe la dignidad no de un Imperio nacional, peninsular, sino del Imperio, del único Imperio de Europa y del mundo. Cuando Carlos V, Emperador del Sacro Imperio, se dió cuenta de que España era capaz de encarnar la conjunción de los dos Imperios — el suyo y el de Europa —, de que tenía nervio y tensión para los deberes imperiales, Carlos V se convirtió en un español. Y confió a España las provincias del Imperio que estaban más en peligro y que el Imperio alemán no podía defender del ataque francés: Flandes y Borgoña.

Que son luego los baluartes desde donde España tiene en jaque a Europa, baluartes contra Inglaterra, contra Francia, contra el Protestantismo. Carlos V supo a qué clase de hombros confiaba esta carga.

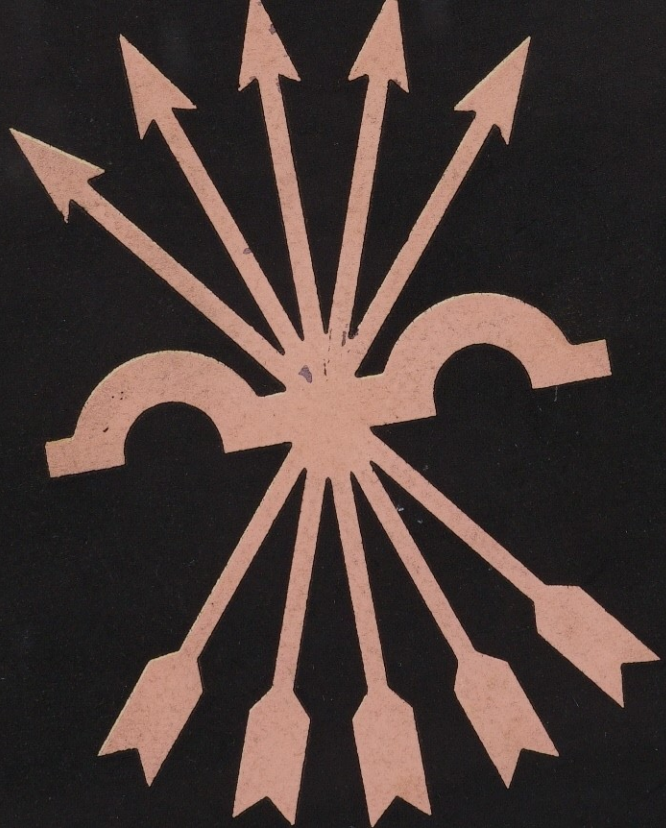
España la tomaba gravemente sobre sí a la vez que se lanzaba sobre los mares. España se multiplicaba imperialmente.

Los españoles se lanzaban por los tres caminos del proverbio: Iglesia o mar o casa real. Los españoles eran frailes o soldados, marineros u oidores graves y togados. Todo el orbe era campo de actividad, puesto donde colocarse. Cada español sabía que para él tenía el mundo un quehacer.

El Emperador hacía tomar junto a sí el puesto de Emperatriz a una portuguesa, la princesa Isabel, hija de Don Manuel el Afortunado. Porque en esta hora de destinos imperiales, sólo Portugal debía tomar puesto junto a España.

En Lisboa y en Sevilla se respira el mismo aire febril de los descubrimientos. Barcos con rumbo a mundos nuevos, a Indias lejanas, salen de todos los ríos españoles. El Tajo y el Guadalquivir ven todos los días partir flotas rumbo a la esperanza, y las ven volver cargadas de mapas nuevos. Juan de la Cosa traza su portulano de costas nuevas, en conquista sobre tierras incógnitas.

Lisboa se inunda para siempre de tráfago colonial, de negras descalzas por las calles. Por esas calles en cuesta bordeadas de casas bajas, de tapias de jardín sobre las que desborda una palmera.

(Continuará).

A. Tovar